
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
El GRAN FIN
J. NEGRI O'HARA.



PRINTED IN SPAIN

TIP. ARTÍSTICA – VALENCIA



CAPÍTULO PRIMERO

Prisioneros en Kran

La puerta en forma de ojiva descendió silenciosamente dejando libre el paso a un hombre de pequeña estatura y voluminosa cabeza -desprovista totalmente de cabellos- vestido con ajustado traje metálico de reflejos rojizos, y seguido por otro, de igual aspecto, que vestía de color azul.

Este último portaba bajo los brazos cuatro recipientes parecidos a termos, los cuales depositó en una repisa que se hallaba en la pared de aquella extraña cámara.

Luego, lentamente, el-hombre «rojo» fue acercándose hasta quedar junto a los lechos que ocupaban otras dos personas de gran talla, que se encontraban, al parecer, sumidas en un profundo sueño.

Después de observarlas atentamente durante algunos minutos, el hombre «rojo» hizo una señal a sus acompañantes y ambos salieron, volviendo la puerta a cerrarse.

Aquella estancia era amplia y circular, presentando las paredes y el techo la forma de casquete esférico. Sólo la repisa y los lechos en que reposaban aquellos dos hombres era cuanto podía verse en su interior, todo iluminado por una intensa luz blanca que parecía fluir del suelo y paredes.

Uno de los hombres dormidos hizo un ligero movimiento intentando volverse. Al no conseguirlo, insistió nuevamente hasta quedar sentado. Abrió los párpados y quedó deslumbrado ante la intensa luz blanca. Frotándose desesperadamente los ojos, volvió a dirigir la vista por la habitación.

—¡Vaya! —exclamó admirado—. Nuevamente en Kran. ¡Hogar, dulce hogar!

Extendió los brazos, desperezándose, y quedó inmóvil en aquella actitud, contemplando el ceñido traje que le cubría, de un metálico acerado. Se miró los pies y acercó la mano para palpar las flexibles y transparentes botas que los calzaban, provistas de gruesas suelas.

Un suspiro que oyó muy próximo a él le hizo volverse, descubriendo entonces al hombre que ocupaba el otro lecho. Éste se había despertado y estaba sentado sobre el lecho, pero su rostro mostraba un indescriptible asombro, al mismo tiempo que el embotamiento del que sale de un largo y profundo sueño.

—¡Martin! —llamó, excitado, el primero.

El llamado Martin quedó mirando como hipnotizado, reflejando el pasmo que le invadía

—¡Curtis! —murmuró apagadamente—. ¡Cielos! ¿No estoy soñando?

Curtis saltó del lecho, pero sufrió un vahído que le hizo caer de rodillas. Se rehizo rápidamente y tomó asiento en el lecho junto a Martin, que también parecía dominado por una gran debilidad.

—¡Nos hallamos en Kran, Martin! —dijo a éste—. Hemos sido traídos por los hombres del Kon-Dad.

—¿Y el profesor? —preguntó Martin, mirando rápidamente a su

alrededor.

—Lo ignoro. Sólo recuerdo que fui enfocado por el «rayo verde» cuando me acerqué al hombre enviado por Kran.

—Igual me ocurrió —afirmó Martin—. Recibí en el rostro la luz verde y perdí toda noción de lo que ocurría. ¡Santo Dios! ¿Qué habrá sido del profesor Levin?

Quedaron silenciosos unos momentos, hasta que Curtis rompió el silencio al advertir sobre la repisa los recipientes dejados por los visitantes.

—Aquí han dejado alimentos. Repongamos las fuerzas y luego razonaremos con más tranquilidad.

Ambos procedieron a dar buena cuenta del contenido de las vasijas. Una vez consideraron que habían tomado suficiente cantidad de aquellas sustancias pastosas con ligero sabor a menta y arenques ahumados, que ya Curtis conocía como «concentraciones vitales», volvieron a sentarse en el lecho, algo más reconfortados.

—Bueno, Curtis, ¿qué opina de todo esto? —preguntó Martin.

—Pues... —el norteamericano se rascó la barba pensativo—. Creo que el «terk» Verkon fracasó en el golpe que proyectaba para eliminar al Kon-Dad, soberano de Kran. Por alguna razón que ahora no puedo imaginar, éste se informó del lugar en que iría a recogerme en la Tierra, y envió una astronave en mi busca. Al hallarnos juntos en el desierto de Iguidi, decidieron traerle a usted también.

—Déjese de tratamientos, Curtis ¿quiere? En esta situación hemos de ser algo más que conocidos.

—De acuerdo, Martin.

—Así, pues —resumió éste—, tú crees que nos hallamos amenazados por un gran peligro ¿no es así? ¿Quiénes sabían, además de Verkon, el lugar en que te hallarían?

—Sólo Zeat, el oficial que me trasladó a la Tierra —respondió Curtis.

—Bien; luego tenemos sólo dos individuos que lo sabían. Si el Kon-Dad cuenta con medios para que éstos le hayan informado contra su voluntad, es evidente que también les habrá sacado las noticias que te dieron sobre los puntos vulnerables de los kranianos, y que, además, te habían entregado un trozo de metal blanco resistente a los «rayos iris» desintegrantes.

Tras una pausa en que pareció pensar intensamente, Martin prosiguió:

—Esos hombres han de estar aún vivos. El Kon-Dad los habrá conservado para castigarlos en proporción a la importancia que haya adquirido la información que dieron. El Kon-Dad no puede saber qué medidas ha podido adoptar la Tierra ante sus planes de invasión. Curtis, hemos de sacar partido de esa ignorancia. Nos va en ello la vida; y no sólo la nuestra...

Luis Martin, el joven ayudante del astrónomo profesor Jules Levin, quedó mirando fijamente a su compañero Clark Curtis, ex-piloto de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas, como esperando alguna respuesta de éste.

Ambos jóvenes habían sido arrebatados de la Tierra en una astronave tripulada por hombres de Kran, cuando se hallaban, en unión del profesor Jules Levin, en un lugar cercano al oasis de Tuat, en pleno territorio tuareg, donde el profesor y su ayudante habían sido conducidos por Clark Curtis, disfrazado de árabe nómada, para comunicarles el secreto de Kran, el planeta ignorado, envuelto en eternas tinieblas por el cono de sombra de la Tierra[1].

Curtis movió la cabeza dubitativamente. Finalmente comentó:

—Mal asunto. Estamos en una ratonera. Conozco los medios de que disponen los kranianos y no puedo ni imaginar cómo salir de este atolladero. Sólo con nuestros medios, resultamos unos seres inútiles en Kran.

—No tanto, Curtis —replicó Martin—. Tenemos cerebro ¿no? Utilicémoslo.

Una silenciosa sonrisa, que descubrió la fuerte hilera de dientes, fue cuanto respondió Curtis. Incorporándose, dio unos pasos por la habitación cerrada herméticamente, y rezongó:

—Ya hablaremos cuando salgas al exterior...

Mientras tanto, Martin se había levantado y examinaba con toda atención el material de que estaba construida la bóveda en que se hallaban. Era de una materia verdosa y opaca parecida al cristal, pero con un cierto grado de ductilidad. Intentó arañarla con las uñas y resultó ser resistente en grado sumo.

Tras una infructuosa búsqueda por la habitación, intentando hallar algún objeto o mecanismo, Martin se dirigió a su compañero:

—Es necesario no perder la serenidad —le dijo—. Probablemente seremos llamados a presencia del Kon-Dad, una vez sepan que estamos libres de los efectos del «rayo verde». Y saben que éstos iban a cesar, puesto que nos han traído alimentos.

Curtis asintió en silencio.

—Así, pues, debemos estar preparados para ese momento —continuó Martin—. Cuando te interroguen, les dirás, puesto que conoces el lenguaje kraniano, que poseemos armas dotadas de aparatos espectroscópicos que permiten aislar una sola radiación cualquiera de la energía solar. Y que conocemos cuál resulta mortal para los hombres de Kran...

—Imposible —le interrumpió Curtis—. Nuestros pensamientos serán conocidos y descubrirán la falsedad. Son unos demonios, Martin.

—Escucha atentamente —prosiguió éste, sin hacer caso de la interrupción—. Dirás todo eso, y que nuestros soldados y armas están dotados con blindajes de metal blanco inexpugnable para sus armas. Que deseamos ser amigos y ofrecemos esa amistad en nombre de los terrícolas. ¿Has comprendido?

Curtis asintió, no muy convencido de la efectividad de estos razonamientos.

—Descubrirán que todo es falso —murmuró, apagadamente—; pero lo intentaré.

—No lo descubrirán, Curtis —afirmó rotundamente el español—. Dudo que pueda existir un cerebro humano capaz de penetrar en tus íntimos pensamientos. Podrán, incluso, percibir las radiaciones que emitan duda, temor, esperanza, odio... pero no podrán lograr saber toda la serie de rápidos pensamientos que completan la idea.

Martin había hablado rápidamente. Pasó una mano por su frente, como intentando refrenar las ¡deas, y agregó:

—¡Por favor, Curtis! Miente con toda firmeza, sin titubeos. Procura tú mismo creer la mentira que dices y el Kon-Dad fracasará.

—Cuenta con ello, amigo —prometió Curtis, animado por la vehemencia de Martin—. ¡Por cien bombas de fósforo! El Kon-Dad escuchará la más sensacional mentira que jamás oyera, contada con la máxima frescura.

Los dos terrícolas se estrecharon las manos, mientras en la estancia resonaba el zumbido tenue y vibratorio, indicador de que la puerta iba a ser abierta.

Curtis y Martin tomaron asiento rápidamente en sus respectivos lechos y esperaron los acontecimientos.

Penetraron en la habitación el «terk» Ding y dos soldados «azules», mientras en la puerta quedaba un científico «rojo».

No haciendo demostración alguna de haber reconocido a Curtis, dirigió una señal Ding a los soldados y éstos hicieron brotar de los «skrons»[2] las finas líneas luminosas del «rayo iris», con el que enfocaron a los terrícolas.

Una vez efectuado lo cual, el «terk»[3] Ding colocó un «skron» a cada uno de ellos, sujetándolo a la espalda con los cinturones pectorales transparentes. Aquellos «skrons» estaban dispuestos para ser dirigidos a distancia y no por los que los portaban.

Sin oírse una sola palabra en aquel grupo de kranianos, los hombres de la Tierra se vieron envueltos en la coraza de ondas

flotantes que les elevó del suelo unas pulgadas, dejándoles merced de la voluntad de Ding, que les dirigía con las ondas de su «skron».

Salió la extraña comitiva, precedida por el hombre «rojo», y en la que Curtis y Martin daban la impresionante sensación de ir flotando en el aire.

Una vez en el exterior, iluminado por la fluorescencia blanca que todo lo inundaba, Curtis comprobó que se hallaba en la última planta superior del palacio del Kon-Dad, que ya conoció en su anterior llegada a Kran.

Descendieron por la amplia rampa en espiral que conducía a las plantas inferiores, en las que montaban guardia grupos de soldados «azules» pertenecientes a las Fuerzas Exploradoras kranianas.

Al llegar a la gran rotonda semicircular, cerrada por el hermético muro de reflejos metálicos que daba acceso al recinto ocupado por el Kon-Dad, el hombre «rojo» se adelantó y enfocó una línea rosada y luminosa de su «skron» hacia un punto del muro. Inmediatamente, se deslizó hacia abajo una puerta que dejó libre un hueco ojival.

Después de unos minutos de espera, volvió a salir el hombrecillo e indicó a Ding que penetrase en unión de los prisioneros.

La cámara que ocupaba el Kon-Dad o «Sapientísimo» de Kran, ya era conocida por Curtis, pero Martin quedó admirado y sobrecogido al ver las dimensiones, la extraña construcción y la absoluta carencia de adornos del lugar destinado al Soberano. Daba la real sensación de hallarse en el interior de una de las partes de una esfera cortada en dos mitades.

Hacia la derecha de la entrada, y junto a la pared, se hallaba el lecho o trono que ocupaba el Kon-Dad, cubierto el cuerpo por la túnica de reflejos dorados, hecha del tejido metálico peculiar en Kran. A uno y otro lado del «Gran Saber» se alineaban algunos científicos, como lo demostraban sus atuendos rojizos. Habían sido congregados allí, ante la trascendencia que suponía la aprehensión de los hombres de Fall[4].

Aún cuando Martin había escuchado la descripción de los

kranianos por boca de Curtis, no pudo evitar, sin embargo, una sensación de estupor y molesta tranquilidad, al hallarse frente al grupo formado por el Kon-Dad y sus científicos.

Efectivamente, el Kon-Dad era un ser menudo, simiesco, sentado como un dios oriental sobre el pequeño lecho-trono, y su cabeza -su monstruosa y descomunal cabeza- daba la desagradable impresión de ser cosa aparte del cuerpo. Los carnosos «nangs»[5] estaban dirigidos hacia los recién llegados, y sus lentos movimientos oscilatorios unido a la blancura marmórea de toda la cabeza, dieron a Martin la espantosa irrealidad de una horrenda pesadilla.

Aquel rostro enjuto y aquilino se alzó lentamente, y las pronunciadamente rasgadas pupilas quedaron por un instante fijas en los prisioneros.

El «terk» Ding se adelantó hacia el trono, y, extendiendo los brazos en cruz, quedó inmóvil. Únicamente los «nangs» quedaron dirigidos hacia el Kon-Dad.

Tras un breve silencio, sólo turbado por el imperceptible zumbido de los «skrons» que mantenían a Martin y Curtis suspendidos en el aire, Ding volvió hacia ellos, caminando de espaldas, y dirigió las ondas de su «skron» para dejar libre a Curtis de la envoltura invisible. Curtis quedó apoyado en el suelo.

Seguidamente, Ding se inclinó e hizo girar el pequeño resorte situado en la parte exterior de las botas que calzaba Curtis, y reguló las ondas de imantación que equilibraban la menor gravedad de Kran respecto a los hombres de Fall.

Hecho lo cual, con un ligero signo, indicó a Curtis que avanzara hacia el Kon-Dad. Cuando quedó a poca distancia del «Sapientísimo», Curtis hubo de adoptar la misma extraña actitud de Ding, extendiendo los brazos.

La voz del Kon-Dad comenzó a emitir los melodiosos sonidos del lenguaje kraniano.

—Hombre de Fall, nuevamente te hallas en mi presencia. La

traición no podía quedar oculta a mi sabiduría. Dime, ¿quién te facilitó la fuga?

Aquella pregunta sorprendió a Curtis. ¡Cómo! ¿No sabía el Kon-Dad que el «terk» Verkon, de las Fuerzas Ofensivas, era quien le había ayudado? ¿Estaría intentando desorientarle?

—Lo hice por mis propios medios —respondió, evitando mirar las rasgadas pupilas del Kon-Dad.

—No es cierto, repulsivo hombre de Fall —replicó éste—. Utilizaste un proyector de rayo verde paralizante que sólo usan las Fuerzas Ofensivas. ¿Quién te ayudó, además del oficial Zeat?

¡Diablo! Aquello iba aclarándose. Al parecer, sólo habían podido detener a Zeat, pero ¿y Verkon? ¿Estaría libre de sospechas? Decidió hacer caso a las instrucciones de Martin y jugarse el todo por el todo.

Con toda firmeza miró cara a cara al Kon-Dad y le habló:

—Kon-Dad; huí del palacio utilizando un proyector de rayo verde con el que enfoqué a Ding. Este proyector lo arrebaté al «terk» Verkon, sin que lo notase, en su última visita.

—¿Cómo saliste de Kran? —preguntó el Kon-Dad, ante el silencio de los demás.

¡Magnífico! ¿Iba a resultar que Martin llevaba razón...? La pregunta del Kon-Dad así lo confirmaba. Mintiéndole con una serenidad y descaro inauditos, los kranianos perdían algo de su penetración de pensamiento.

Volvió reñidamente la mirada hacia Martin y le descubrió un imperceptible brillo en la mirada.

Con gran osadía, que podía resultarle peligrosa, respondió altaneramente:

—Eso no lo sabrás, Kon-Dad. Tendrás conocimiento de ello cuando te halles aquí, en el lugar que yo ocupo, prisionero de los hombres de Fall. Lo sabrás cuando hayas asistido a la aniquilación de tu pueblo por los rayos destructivos que se han conseguido aislar de

la energía de Djon[6]. Lo sabrás, Kon-Dad, cuando compruebes la inutilidad de tus armas frente a las naves aéreas de Fall y frente a sus soldados, equipados con blindajes del metal blanco inexpugnable. Entonces, «Sapientísimo», sabrás cuan poca cosa eres en este Universo que quieres dominar.

Ante el denso silencio que siguió a sus palabras, Curtis dirigió la vista, satisfecho, hacia Martin, pero el gesto de consternación de éste le dio a entender que se había extralimitado en lo dicho.

No siguieron a estas manifestaciones las coléricas frases que eran de esperar; por el contrario, el Kon-Dad se volvió hacia el grupo de dignatarios científicos que se hallaban a su derecha, y, encarando hacia ellos los «nangs», sostuvo una de aquellas extrañas conversaciones kranianas en las que se transmitían los pensamientos, completándolos con breves palabras.

Curtis y Martin comprendían que de aquella conversación habría de salir la decisión que tomarían con ellos, pero ninguno de los dos daba a entender que sintiera temor alguno.

Al fin, uno de los hombres «rojos», dijo, dirigiéndose a Ding:

—Traigan a Zeat.

Curtis prestó atención al oír pronunciar el nombre del oficial «verde» que le condujo a la Tierra, por orden del «terk» Verkon.

Ding manipuló en el «skron» que llevaba sujeto al tórax, transmitiendo, probablemente, una orden al exterior. A continuación, envolvió a Curtis en la coraza de ondas e hizo avanzar a Martin hasta situarle frente al Kon-Dad.

—¿Conoces el lenguaje kraniano? —preguntó a éste.

Martin no comprendía aquellos melodiosos sonidos y por ello quedó inmóvil, sin responder, observando curiosamente al extraño hombrecillo de monumental cabeza.

Vio cómo éste le dirigía las protuberancias carnosas de los parietales y las dejaba inmóviles, fijas en él. Y entonces, Martin, el joven ayudante del profesor Levin, catedrático de Astronomía y Física

Nuclear, sintió un estremecimiento galvánico al notar su cerebro penetrado por una sensación de succión desconocida, como queriéndole extraer los pensamientos de la mente. Y venciendo aquella sensación, con una voluntad sobrehumana, pensó intensa y desesperadamente en una inmensa legión de hombres de la Tierra, cubiertos con metálicos trajes blancos, y disparando sobre los kranianos los chorros dorados de fantásticas armas, que convertían todo el territorio de Kran en una monstruosa y deslumbrante llamarada de oro. Tras aquel examen, el Kon-Dad se dirigió a los científicos y les comunicó sus impresiones. Por la rápida sucesión de aisladas palabras, Curtis comprendió que las ideas del soberano fluían atropelladamente.

Luego, el Kon-Dad pulsó varios resortes que se hallaban situados en la caja cuadrangular colocada junto al lecho, y quedó mirando fijamente ora a uno, ora a otro de los terrícolas, igual que hacían los demás científicos.

¿Fue su imaginación, o efectivamente sorprendió Curtis, por primera vez desde que estuvo en Kran, un aire de temor en las rasgadas pupilas de los kranianos?

—¡Bien, Martin! —no pudo contenerse de exclamar—. Has logrado atemorizarlos.

Todos los presentes dirigieron sus miradas vivamente hacia Curtis, al oírle aquellos sonidos ininteligibles para ellos.

Pero desviaron la atención, al ser franqueada la puerta que dio paso a dos soldados «azules» conduciendo a un kraniano vestido de verde, que caminaba trabajosamente. Le llevaron hasta colocarle frente al Kon-Dad y se apartaron diligentemente, quedando junto a la pared.

Trabajo le costó a Curtis reconocer en el recién llegado a Zeat, el oficial «verde» que le condujo a la Tierra. El rostro macilento y el aspecto deplorable, mostraban bien a las claras los sufrimientos soportados. En el lugar de los ojos aparecían dos agujeros ennegrecidos, que daban a la marmórea cabeza apariencias de

enorme calavera. Al obligarle Ding a extender los brazos, en señal de sumisión al Kon-Dad, Curtis y Martin pudieron contemplar, horrorizados, que en el lugar de las manos aparecían dos informes muñones carbonizados. Quedó allí, con los brazos en cruz, aquella pequeña y derrotada figura que fuera Zeat, el dinámico oficial de las Fuerzas Ofensivas de Kran. Y era su aspecto tan acongojante y humillado, que Martin y Curtis, simultáneamente, pensaron en los canes terrícolas cuando se arrastran ante sus amos que los apalean.

Martin no había conocido anteriormente a Zeat, pero tuvo la evidencia de que aquel hombre había sido feroz y atrozmente torturado. Curtis, mientras tanto, hacía funcionar su cerebro a velocidad vertiginosa. De los kranianos que se hallaban en la estancia, sólo Ding y los dos «azules» poseían «skrons», la temible arma de Kran. Martin podría encargarse del «terk» mientras él daba cuenta de los dos «azules», pero aquella maldita coraza invisible les privaba de autonomía en los movimientos. Decidió esperar el desarrollo de los acontecimientos.

El Kon-Dad se dirigió al maltratado Zeat:

—Zeat, traidor confeso, ¿sabes que junto a ti se halla el hombre de Fall?

Un brusco estremecimiento pareció sacudir al aludido. Lentamente, giró la cabeza como queriendo descubrir con sus vacías órbitas si era cierto lo que oía.

—Habla, hombre de Fall —ordenó el Kon-Dad a Curtis.

—Zeat, amigo Zeat; es cierto. Aquí estoy —le dijo a éste, sin poder evitar un dejo de compasión en la voz.

El kraniano inclinó la cabeza, sin responder.

—Y ahora, traidor —continuó el Kon-Dad—, ya sé tus planes. El hombre de Fall me dio noticias de tu traición y de quiénes te secundan.

Nuevamente, Zeat dirigió el rostro hacia el lugar de donde salió la voz de Curtis, y fue tal la máscara de angustia que éste vio en el

rostro torturado, que gritó impetuosamente:

—¡No es verdad, Zeat! ¡No dije nada!

El rostro de éste pareció inundado por una oleada de calma al escuchar la negativa. ¡Admirable Zeat!, pensó Curtis. ¡Fiel a su «terk» hasta la muerte!

—Te he hecho traer, despreciable Zeat —prosiguió el Kon-Dad, sin parecer haber notado la interrupción—, por última vez y para que confieses tus planes y con quiénes contabas. Habla, antes de que sea inundado tu cerebro con la onda que anula la razón.

Zeat continuaba silencioso. Entonces, el Kon-Dad, haciendo una señal a un soldado «azul», le ordenó:

—Trae el proyector de emanaciones negras. O mejor —decidió finalmente— el de ondas candentes.

Salió el «azul», y entonces, Martin y Curtis vieron, estremecidos, cómo Zeat se arrojaba al suelo emitiendo lastimeros gemidos.

—¡No! ¡No! —clamaba débilmente, postrado ante el Kon-Dad.

Al regresar el soldado, empuñaba en la mano derecha un objeto parecido a una linterna de mano, cuyo reflector lo constituía una ranura.

A una señal del Kon-Dad lo dirigió hacia el caído Zeat. Los terrícolas no pudieron descubrir resto alguno de destello, pero, cruzando la espalda de Zeat, sobre el traje metálico, apareció una línea al rojo vivo. El herido se retorcía en el suelo lanzando débiles quejidos, hasta que fue sujetado por el otro soldado «azul». Varias veces más cruzaron su pecho y espalda con aquella línea candente, hasta que la estancia quedó saturada por un repugnante olor a carne chamuscada.

Martin, sobrecogido, miraba fijamente el cuerpo del hombre martirizado, sintiendo una invencible sensación de náuseas, mientras Curtis, clavándose las uñas en las palmas de las manos, notaba la vista cegada por aquella rabia homicida que en otra ocasión le cegó, siendo piloto, al ver disparar contra un aviador suspendido en el

paracaídas con que se arrojó de un aparato incendiado.

—¿Hablarás? —la voz del Kon-Dad resonó con una frialdad aterradora.

Al tiempo que un «azul» intentaba incorporar a Zeat, zumbó el mecanismo de la puerta y penetró... ¡Verkon!

Sí, era Verkon. El «terk verde» de las Fuerzas Ofensivas, con los guantes negros y el capuchón espectroscópico en una mano, como acabado de llegar de un viaje interplanetario. Del cinturón transparente, le pendía un proyector de «rayo verde» y la extraña pistola cuyo uso aún no conocía Curtis. El corazón de éste latió esperanzadoramente al verlo.

Pero Verkon, sin dirigir la mirada hacia él, pasó junto al ciego Zeat no mirándole siquiera, y quedó frente al Kon-Dad con los brazos extendidos.

—Habla, Verkon —ordenó el Kon-Dad.

—«Gran Saber»; hemos regresado de la expedición ofensiva al grupo de «toong»[7] cercanos al satélite Djavar ocupado por los hombres de Takell[8]. No han regresado diez oficiales ni una gran cantidad de astronaves dirigidas a distancia. Los hombres de Takell cada vez poseen armas más potentes.

Curtis escuchaba admirado. Ahora tenía noticias de que los marcianos habían ocupado uno de los seis satélites de Kran. Aquello debía haber cogido desprevenidos a los kranianos, que, proyectando ser invasores, se convertían en invadidos. Esto le produjo cierta complacencia. Tenía una vaga idea de la potencialidad aérea de los marcianos, desde aquel ataque que presenció en el satélite Min.

Fijó la vista en Verkon, impasible mientras recibía órdenes del Kon-Dad. ¿Qué impresiones íntimas serían las de este hombre, al ver a Zeat en aquel triste estado, convertido en una piltrafa, por guardarle a él fidelidad? ¿Qué pensamientos ocuparían la mente del «terk» al ver nuevamente a Curtis en Kran? ¿Sentiría el temor de que fueran denunciados sus proyectos?

Nada de esto parecía preocupar a Verkon. Al terminar de recibir las instrucciones del Kon-Dad, se apartó a un lado, junto a los científicos, y miró con indiferencia a los terrícolas.

CAPÍTULO II

La Evasión

Kon-Dad se dispuso a proseguir el interrogatorio del desgraciado Zeat. Éste parecía no haberse dado cuenta de la presencia de Verkon, aún cuando le oyó hablar.

Consultando brevemente con uno de los científicos próximos a él, se volvió el Kon-Dad hacia Zeat y preguntó:

—¿Dirás quiénes son tus cómplices?

En aquel momento intervino Verkon.

—Kon-Dad; permíteme interrogar a Zeat. Pertenecía a las Fuerzas que mando y confío en que no se niegue a darme el nombre de los complicados. Habla, Zeat —dijo, dirigiéndose al prisionero—; si no deseas que te apliquen las emanaciones negras.

El hombre torturado no respondió. Curtis, con los ojos desorbitados por el asombro, asistía a la incomprensible escena.

¡El «terk» Verkon amenazaba a Zeat con aquellas malditas emanaciones si no confesaba!

Era para volverse loco. ¡Verkon, el cabecilla del complot, amenazando al fiel Zeat que no había querido denunciarle! ¡Verkon, su amigo, no era más que un despreciable cobarde!

Ante el mutismo de Zeat, el «terk» Verkon se volvió al Kon-Dad con gesto resignado, mientras se situaba junto a la pared.

—No queda otra solución que las emanaciones —dijo.

¡Desgraciado Zeat! Tras la tortura, la demencia. Curtis se sintió oprimido por una creciente angustia, ante el fin del infortunado oficial. ¡Maldito Verkon! Así conseguiría que la locura sellara los labios de su

leal encubridor. Pero no se saldría con la suya. Él mismo, Clark Curtis, denunciaría su bajeza.

Iba a iniciar un movimiento para hablar cuando, al mirar a Martin, vio en los ojos de éste una mirada intensa, como queriendo advertirle de algo. Siguiendo la mirada de su amigo, vio a uno de los «azules» que salía a una orden del Kon-Dad, para traer el proyector de emanaciones. Y también vio...

¡Cielos! ¡Sí! Vio cómo Verkon tenía una mano apoyada indolentemente en la empuñadura del proyector de «rayo, verde»; vio también cómo la otra mano se hallaba tan cercana al «skron» que bastaría un levísimo movimiento para utilizarlo; y vio por último... ¡Cómo tembló de esperanza...!, que la mirada del «terk» se dirigía disimuladamente hacia la parte superior de la cámara.

¡Verkon esperaba algo! Martin, inteligentemente, se había dado cuenta de los sutiles movimientos del «terk» verde. No se atrevía Curtis a mirar también hacia arriba por temor a ser sorprendido por alguno de los presentes. Tenía la certeza de hallarse viviendo unos segundos anteriores a un hecho decisivo. Y así fue.

Inesperadamente, irrumpieron en la cámara, como caídos del techo, tres soldados «verdes», envueltos en corazas flotantes y cubiertos con capuchones negros. Apenas a unas pulgadas del suelo, ya estaban despojados de la envoltura de ondas y empuñaban en la mano izquierda la extraña pistola; mientras la derecha la apoyaban en los respectivos «skrons».

Dos ráfagas casi simultáneas de «rayo verde» proyectadas por Verkon, dejaron paralizados al «terk» Ding y al soldado «azul», en una grotesca postura de muñecos mecánicos.

Todo ocurrió tan rápido, tan fulminantemente rápido, que ni el Kon-Dad ni los científicos, ni aún los terrícolas, pudieron darse cuenta exacta de todo.

A un breve gesto de Verkon, los tres «verdes» hicieron brotar de sus «skrons» las cuatro líneas luminosas -roja, azul, amarilla y blanca- del «rayo iris», enfocando al grupo de científicos e incluso al propio

Kon-Dad.

De un salto, Verkon se situó frente a la puerta, dirigiendo hacia el mecanismo la onda rosada del «skron», para evitar fuese abierta desde fuera. Luego, liberando a Curtis y Martin de la envoltura de ondas que los aprisionaban, les indicó se colocaran los «skrons» de Ding y del «azul», inmovilizados por los rayos paralizantes.

Alzó del suelo a Zeat, y su voz tuvo un trémolo de ternura al murmurar quedamente:

—Mi fiel amigo Zeat...

Entretanto, los científicos continuaban inmóviles, sin mostrar asombro ni temor. Solo el Kon-Dad, sobre cuyo pecho aparecían los cuatro puntos luminosos, prestos a convergir, del «rayo iris» de uno de los «verdes», reflejaba en su rostro la rabia demoníaca que le poseía. El temor a ser pulverizado le impedía pulsar en la caja que se hallaba al alance de su mano, pero habló, dirigiéndose a Verkon, con voz sorprendentemente tranquila:

—Morirás, Verkon. Ya sé de quién parte la traición. No podrás evitar el terrible castigo.

El «terk» verde no le hizo el menor caso. No había tiempo que perder. Mostró a Curtis el agujero circular que aparecía en el techo, indicándole que aquél era el punto de salida.

Curtis explicó brevemente a Martin el manejo del «skron» para envolverse en la coraza flotante y dirigirla, y una vez los dos se hallaron envueltos en ellas, esperaron el aviso de Verkon.

Uno de los «verdes» se colocó sobre la espalda al debilitado Zeat y ascendió en el aire, envuelto por las ondas flotantes. Los otros «verdes», a una orden de Verkon, comenzaron a disparar sobre el grupo con los proyectores de «rayos verdes». Cuando todos los científicos quedaron paralizados, Verkon detuvo el brazo armado dirigido al Kon-Dad.

—Volveré, Kon-Dad. Volveré y te retorcerás ante la onda candente, como ha hecho Zeat. ¡Dispara, Zuor!

El oficial «verde» obedeció, y aquel ridículo hombrecillo, Kon-Dad de Kran, quedó rígido, tendido sobre el trono, adoptando el grotesco aspecto de un fetiche africano. Verkon hizo convergir el «rayo iris» en el cuadro de mandos, del que no quedaron más que unas imperceptibles partículas pulverizadas,

—¡Pronto! —apremió Verkon—. ¡Salgamos!

Cuando Martin y Curtis se hallaron en el exterior, sobre la lisa superficie de la cúpula del palacio, vieron tres naves aéreas de alas circulares, suspendidas en el aire a escasa altura sobre ellos. Impulsaron los «skrons» al ver que Verkon y los «verdes» así lo hacían, y pronto se encontraron en el interior de una astronave, cruzando las sombras de la eterna noche kraniana a una enorme velocidad.

Martin apenas tuvo tiempo de contemplar la gran ciudad en que se hallaba el palacio del Kon-Dad. Una rápida mirada le había mostrado las amplias avenidas fluorescentes, bordeadas por largas hileras de edificios parecidos a «igloos» esquimales, pero de grandes proporciones.

Las astronaves surcaban el espacio como exhalaciones, siendo los únicos puntos de referencia, para los viajeros terrícolas, el resplandor luminoso de la ciudad, desaparecido prontamente, y los débiles parpadeos de los lejanos astros.

Curtis ocupaba un asiento junto a Verkon en la astronave pilotada por éste, al mismo tiempo que Martin se hallaba al lado de Zuor, cuya nave volaba junto a la del «terk». El tercer aparato volaba a retaguardia, llevando a Zeat y a los dos «verdes».

Los kranianos se habían cubierto con los cascos espectroscópicos que les permitían ver en la oscuridad. También facilitaron otros a Martin y a Curtis.

Mientras observaba las manipulaciones del piloto dirigiendo la astronave, Martin intentó ordenar las ideas. La realidad resultaba aún más fantástica que lo referido por Curtis. Aquel planeta ignorado por los terrícolas encerraba sorpresas extraordinarias. Los kranianos

habían logrado dominar en toda su extensión el infinito campo de las ondas, y poseían instrumentos dotados de las mismas, que superaban todo cuanto podía imaginarse. Ante aquellas legiones de kranianos, tripulando rápidas astronaves dotadas con proyectores de «rayos iris», la más potente escuadra aérea de la Tierra sería convertida en pavesas en pocos minutos.

Algo, sin embargo, no encajaba perfectamente. Martin recapacitó. Si tanto el planeta Kran como sus satélites no eran otra cosa que fragmentos de un mundo desaparecido, que, al ser desperdigados por la terrible hecatombe que lo destruyera, fueron lanzados al espacio hasta ser equilibrados por la ley de gravitación universal, era evidente que Kran estaba condenado. Al quedar situados en el mismo plano de traslación de la Tierra, con ésta privándole de los rayos del Sol, el final de todo vestigio de vida en Kran no debía estar lejano. Gracias solamente a que aquellos portentosos cerebros habían conseguido acumular energía solar en los satélites que giraban rápidamente alrededor de Kran, era por lo que subsistían, surtiéndose de los elementos vitales necesarios, tales como el calor, las distintas energías, «concentraciones vitales» alimenticias, etc.

Mientras Martin iba sumido en estos pensamientos, Zuor le miró varias veces, hasta que emitió unos sonidos, que, naturalmente, Martin no comprendió. Entonces, el kraniano señaló el cuadro de dirección de la nave y le indicó girase hacia la izquierda un pequeño botón situado en un extremo. Así lo ejecutó Martin, muy levemente, y notó cómo la nave que iba junto a ellos, pilotada por Verkon, se perdía a lo lejos seguida por la otra. Miró interrogativamente a Zuor y éste volvió a señalarle el mismo mando, pero señalando lo girase a la derecha. El resultado fue tan imprevisto como sorprendente: apenas lo giró, Martin distinguió al frente los iluminados puntos, e inmediatamente después, la luminosa estela verde de las astronaves kranianas. En una fracción de segundo, Zuor rectificó el rumbo y fijó el mando en un punto determinado. A la derecha de Martin quedó, aparentemente inmóvil, como unida por invisibles fuerzas, la astronave de Verkon, marchando a una velocidad sincronizada con la otra nave.

El dirigir las naves kranianas podía hacerse con la sencillez de quien manipula un receptor de radio terrestre; cada botón o mando, al girarlo, respondía a una misión. Sólo bastaba conocer cada una de ellas y la intensidad que adquiriera según el grado de giro que se le imprimiese.

Comprendió la intención de Zuor. El kraniano quería ir familiarizándole con los mandos de la nave. Ahora presionaba en un diminuto resorte al par que pronunciaba varias palabras.

Martin se halló agradablemente sorprendido al oír la voz de Curtis que resonaba en toda la carlinga. Y en una pequeña pantalla apareció el rostro dirigiéndole su amistosa sonrisa.

—¿Qué tal, Martin? —dijo la voz—. Vamos en dirección a Min, la base aérea de las Fuerzas Ofensivas. Verkon ha ordenado a los guardianes de los túneles de ondas, que destruyeran las instalaciones, aislando a Kran de sus satélites. Ha comenzado el baile.

En la pantalla, el rostro de Curtis se iluminó con una pícara sonrisa de muchacho travieso. Martin también sonrió al verle, pero no dejó de preocuparle el hallarse en aquel remoto mundo, envuelto en una lucha que él no podía concebir.

—¿Estás preocupado, Martin? —la voz le sacó de su ensimismamiento—. ¡Ánimo, amigo! Esto no ha hecho más que empezar.

Luego, Curtis también le veía en la pantalla. Martin dirigió una franca sonrisa al aparato, y, a una indicación de Zuor, habló:

—Estoy bien, Curtis. Sólo que me sorprende tanta maravilla desconocida. ¿Sabes que los depósitos de energía dirigida de las astronaves se hallan bajo los asientos? He podido observarlo. Además, fija la atención en el cuadro negro del frente, cubierto de puntitos rojos luminosos, y verás avanzar una fina línea iluminada. Ésa es su brújula, Curtis; la línea va señalando la dirección de la astronave.

—¡Estupendo, chico! —exclamó la voz de Curtis, pasados unos instantes—. Llevas razón.

Las astronaves dirigieron su vuelo en pronunciada inclinación hacia la masa del satélite Min, que se hallaba justamente bajo ellos.

¿Qué aguardaría a los terrícolas en aquel desconocido y enigmático mundo? ¿Qué extrañas aventuras les estarían reservadas en aquellos mundos imposibles de distinguir desde la lejana Tierra?

CAPÍTULO III

Rebelión

La inmensa y fantástica ciudad de Min se ofreció a los ojos de Martin, una vez quedaron las astronaves en una de las innumerables plataformas aéreas suspendidas en el aire, y los componentes del grupo descendieron a tierra, envueltos en las corazas flotantes.

La cubierta que envolvía a la ciudad, constituida por los gigantescos puentes aéreos de forma ondulada y zigzagueante, admiraron a Martin con su alarde de portentosa ingeniería. En las pistas altas, situadas a menor altura dentro del recinto de la ciudad, se deslizaban los vehículos, dirigidos por ondas, a velocidades reguladas desde las centrales de energía, según la pista utilizada. Curtis fue confirmándole todo cuanto le explicó en la cabaña del oasis.

Guando llegaron al puesto de mando del «terk» Verkon, éste le invitó a entrar en él, despidiendo a los soldados con breves órdenes, y éstos marcharon con Zeat en dirección a otro edificio.

Como los satélites que rodeaban a Kran giraban alrededor de éste a gran velocidad, desenfocados del haz de sombra de la Tierra, los días y las noches se sucedían con frecuencia desconcertante. Los hombres de Kran se veían obligados a llevar colocados, cuando se hallaban en el exterior, los capuchones y guantes negros que les defendían de una de las radiaciones de Djon, de efectos tan mortíferos para ellos. No así los naturales del pequeño satélite, de menor estatura aún que los kranianos, cuya piel presentaba una

pigmentación cobriza, y que pululaban por la ciudad dominada por Kran sólo cubiertos por el ceñido traje de color anaranjado.

Sentados sobre el bajo lecho, en el interior de la estancia de Verkon, Curtis y Martin escuchaban atentamente las indicaciones del «terk» situado enfrente a ellos para quedar casi a la misma altura.

—Hombre de Fall —le decía Verkon a Curtis— es necesario instruyas a tu amigo en el lenguaje kraniano. Una vez lo consigas, uno de mis oficiales os enseñará el manejo de nuestras astronaves para que podáis prestar vuestra ayuda. Ahora, urge comunique con los otros «terks» conformes en la empresa de eliminar al Kon-Dad y sus partidarios, para comunicarles que ha llegado el momento de obrar.

Mientras hacía iluminarse la gran pantalla blanca que cubría un gran espacio de la pared circular, Verkon continuó hablando:

—Al regresar Zeat de la misión que le encomendé de dejarte en Fall, fue sorprendido y rodeado por un grupo de astronaves exploradoras mandadas por Ding, y que se hallaban ocultas en el grupo de «toongs» cercanos al satélite Djavar. Nuestras naves van provistas de un dispositivo que señala la ruta seguida en el espacio. Antes de que Zeat pudiese hacer desaparecer este dato, fue enfocado por el «rayo verde» paralizante y conducida su nave a Kran. Ya sabes el resto. El Kon-Dad supo el lugar exacto en que te dejó en Fall y pudo hacerle decir, bajo tortura, el tiempo en que serías recogido.

En la pantalla empezaron a reflejarse puntos difusos que se agrandaban rápidamente.

Verkon continuó:

—No pude hacer nada por Zeat. Antes de tener conocimiento de su detención, una numerosa escuadra de Takell invadió Djavar, nuestro más atrasado satélite, y establecieron allí bases para hostilizarnos. Hube de realizar continuados ataques para desaojarlos, pero sin resultado positivo. Últimamente se han apoderado del grupo de «toongs» situado entre Djavar y Psul, el mayor satélite, habitado por las mujeres y jóvenes de Kran. Los hombres de Takell han reforzado sus armas y resultan cada vez más difíciles de batir. Sólo

consiguiendo eliminar al Kon-Dad, cuyos proyectos de dominación son conocidos por los hombres de Takell, sería posible vivir en paz con los habitantes de ese otro mundo.

Al terminar Verkon de hablar, aparecía en la pantalla el conjunto de una ciudad blanca, blanco el terreno, los edificios, la vegetación... Grandes tubos o túneles unían los edificios unos con otros, y de las esféricas cúpulas sobresalían elevadísimas columnas en espiral, que sostenían sobre ellas un gigantesco enrejado semejante a una tela de araña monstruosa.

—Ésta es la «Ciudad de la Energía», de Tond, uno de nuestros satélites. Cuando fue ocupada por Kran no era más que un asteroide deshabitado. Ahora lo ocupan los hombres «blancos» encargados de suministrar las distintas ondas extraídas de la energía de Djon. Está mandada por el «terk» Kein, uno de los conjurados.

—¿Por qué es blanca toda la ciudad? —se atrevió a preguntar Curtis.

—No lo es —replicó Verkon—. A tan gran distancia, se pierde la gama de color del espectro visible para nosotros y sólo llegan las radiaciones blancas, negras y grises.

Curtis se rascó la enmarañada barba y tradujo a Martin lo dicho por Verkon. El español no perdía de vista las manipulaciones del «terk» en el cuadro de mandos.

Bruscamente, resonó en la habitación una potente voz como brotando de la pantalla. Tenía la metálica resonancia que resultaría de un receptor de radio terrestre colocado en la máxima potencia. Un giro que imprimió Verkon en un resorte redujo la voz a tono normal, y, entonces, Curtis escuchó el mensaje.

—Líneas blanca y azul cruzadas... Terk Kein... Blanca y azul cruzadas... Terk Kein...

Rápidamente, Verkon accionó dos planchitas giratorias del cuadro, y habló:

—Terk Verkon a terk Kein... Min a Tord... Corten energía a Kran

en la próxima sombra... Terk Verkon a Terk Kein...

Transcurridos unos momentos imposibles de calcular, respondió la lejana voz:

—Entendido... Corto energía a Kran próxima sombra... Terk Kein a Terk Verkon...

Aún quedó Verkon unos instantes como esperando alguna palabra más; después, presionó un punto en el cuadro y la imagen de la ciudad desapareció en la pantalla, que quedó iluminada.

—Contamos con la «Ciudad de la Energía» para privar a Kran del suministro de ondas. Quedan todavía los satélites Tar y Taid, que proveen de concentraciones vitales alimenticias y de instrumentos al planeta central.

Martin continuaba como ausente en aquella reunión. No comprendía palabra alguna de la conversación, aunque, por las explicaciones que de vez en cuando le daba Curtis, estaba profundamente interesado en el desarrollo de aquellas comunicaciones etéreas.

En la pantalla comenzó a proyectarse, primeramente con aspecto neblinoso y más detallada después, una enorme extensión poblada por exuberantes masas vegetales. La mayor o menor intensidad de los grises daba a entender que aquellas plantas se hallaban separadas por especies, en campos triangulares perfectamente delimitados. De la ciudad, situada en el centro de aquellas inmensas plantaciones, partían innumerables líneas de canales que se adentraban en los diferentes triángulos vegetales. Martin, al admirar la achatada ciudad en forma de estrella, tuvo la impresión de estar contemplando varios insectos miriápodos terrestres que estuviesen devorando su presa con las cabezas juntas.

Se oyó una voz de metálicas inflexiones, que fue perdiendo intensidad:

—Líneas blancas en ángulo... Terk Lisud, de Tar... Blancas en ángulo... Terk Lisud...

Se apagó la voz y, a continuación, Verkon transmitió su mensaje:

—Verkon a Lisud... Mina Tar... Corten envío alimentos a Kran en la próxima sombra... Verkon a Lisud...

—Conforme... Próxima sombra corto suministros a Kran... Terk Lisud a Terk Verkon...

Verkon cortó la transmisión, cambiando la comunicación. Aquello iba a pedir de boca -pensó Curtis- y así lo comunicó a Martin; mal lo iban a pasar los partidarios del Kon-Dad, sin energías ni alimentos. El «terk verde» adquirió a sus ojos las proporciones de un gigante estratega.

Mientras tanto, el menudo «terk» accionaba en el cuadro intentando fijar una imagen en la pantalla. Pese a sus esfuerzos, ésta se veía entorpecida por una sucesión de ráfagas luminosas ondulantes, que impedían la visión. Verkon, tras inútiles movimientos, comenzó a transmitir:

—Línea de círculos rojos... Terk Verkon... Corten envío de material a Kran en la próxima sombra... Terk Verkon a Terk Mgod, de Taid...

Las líneas ondulantes se sucedían vertiginosamente en la pantalla. Por unas fracciones de segundo pareció que iban a detenerse. De súbito, resonó una voz con potencia:

—Traidor... Traidor... Traidor Verkon...

Unas franjas negras inundaron la pantalla seguidamente. Verkon cortó la proyección y se volvió hacia Curtis y Martin. El marmóreo rostro no reflejaba emoción alguna. Habló con voz tranquila:

—El «terk» Mgod, de Taid, no ha querido unirse a nosotros y permanecerá junto al Kon-Dad. La lucha se endurecerá con ello, pues Taid fabrica «skrons», naves aéreas y otras armas e instrumentos. Habrá que intentar rendirlo.

—Pero —objetó Curtis—, privado Kran de alimentos y energías mal podrá resistir...

—Los depósitos subterráneos de Kran —atajó Verkon— acumulan suficientes cantidades de unos y otras para resistir un tiempo incalculable. Sólo destruyendo estos depósitos de emplazamiento desconocido, podría acelerarse el fin.

»Y ahora —continuó—, voy a proceder a dar las órdenes convenientes. El oficial Zuor atenderá a vuestras necesidades, instruyéndoles, además, en cuanto necesiten.

Y de esta forma, se hallaron Curtis y Martin formando parte de una facción que se alzaba contra la crueldad y afán de dominación de un ser erigido en Soberano de aquel planeta perdido en las insondables simas estelares.

CAPÍTULO IV

Preparativos bélicos

A partir del momento en que el «terk» Verkon dio la orden de rebelarse contra el planeta central, todo adquirió en Min un ritmo acelerado de preparación bélica. Grandes formaciones de aeronaves vigilaban el espacio, en evitación de cualquier ataque por parte de Kran. El armamento y la vigencia de las plataformas y puentes aéreos fue reforzado por los soldados «amarillos» de las Fuerzas Defensivas.

Los dos terrícolas, siempre acompañados por el oficial Zuor, recorrieron toda la ciudad de Min, admirando su extraña arquitectura y atrevida ingeniería. Fueron instruidos en el manejo de los vehículos de superficie que se deslizaban por las elevadas pistas, controladas por las centrales suministradoras de energía. Eran pequeños torpedos con cabida hasta para cuatro personas, y de gran facilidad para su manejo. Suspendidos sobre la pista unas pulgadas, eran impulsados por las ondas que regían la velocidad en cada pista.

Envueltos en las corazas de ondas flotantes, visitaron algunas de las plataformas suspendidas en el aire, y vieron partir numerosas astronaves para efectuar vuelos de hostigamiento sobre el satélite Taid. De estas expediciones bélicas regresaban las formaciones

mermadas considerablemente en sus naves dirigidas a distancia, pues cada oficial podía controlar en pleno vuelo hasta una veintena de estas naves sin pilotos.

Zuor, práctico y eficiente, les hizo tripular algún tiempo después uno de aquellos aparatos aéreos, con objeto de familiarizarlos con ellos.

Experimentado ya en estas lides aéreas, aunque en aparatos terrestres, Curtis fue el primero en hacerse cargo de los mandos, bajo la dirección de Zuor. Resultó asombrosamente fácil el dirigirlo. Bastaba una ligera presión o un simple giro en cualquiera de los variados resortes, para obtener resultados sorprendentes. Constaban los aparatos de una pantalla de mediano tamaño en la que el piloto hacía aparecer el sector de la galaxia por la que deseaba dirigir la astronave. Una vez centrado aquel espacio, se manejaba una aguja indicadora, cuyo extremo se dirigía en dirección al planetoide o astrolito que se tomaba como punto de destino. Luego, las ondas se encargaban de mantener la dirección, evitando los posibles obstáculos con las veloces emanaciones de ondas envolventes que actuaban como envoltura elástica. Reflejada en la pantalla, se veía la ruta de la astronave en el espacio, marcada por una fina línea luminosa.

Tras continuados ensayos en los que menudearon los sobresaltos para Martin, pues cualquier inexperta variación en el rumbo producía desviaciones insólitas debidas a la espantosa velocidad, Curtis consiguió dominar perfectamente el mando de la astronave. Martin también llegó a conseguirlo, aunque a él le preocupaban más las causas que los efectos en aquel mundo de pesadilla.

Ya alternaba en las conversaciones de Curtis y Zuor en lenguaje kraniano, cuando fueron llamados al puesto de mando del «terk» Verkon.

Éste se hallaba rodeado por numerosos oficiales «verdes» que sostenían el capuchón negro provisto de los sobresalientes anteojos espectroscópicos para vuelos siderales.

Al entrar los dos amigos terrícolas, les señaló el lecho para que tomasen asiento. Sobre la repisa se apoyaban el casco y las armas del «terk». La pantalla de onda-visión estaba iluminada, y en su superficie aparecía la proyección en plano de una extraña ciudad; algo así como los planos que Curtis conocía de fotografías aéreas. Las ovaladas manchas oscuras que la cubrían a diferentes alturas le dieron a entender que aquella ciudad estaba defendida por plataformas aéreas.

Verkon, dirigiéndose hacia la pantalla, mostró con un dedo el emplazamiento de la ciudad. Evidentemente, habló para los terrícolas:

—Ésta es la «Ciudad del Armamento», en Taid. El «terk» Mgod la ha defendido enérgicamente, hasta ahora, de nuestros ataques. Acérquense y miren.

Así lo hicieron Martin y Curtis. La ciudad presentaba la exacta forma de un triángulo equilátero cuyos lados estuvieran constituidos por unos alineados edificios circulares. En el centro del triángulo se hallaban enclavadas tres enormes edificaciones, también circulares, a cada una de las cuales iban a parar tubos metálicos desde los más pequeños edificios próximos a ellas. El resultado era que todos los edificios estaban unidos entre sí por pasos metálicos cubiertos.

Mientras los terrícolas observaban, Verkon guardó silencio. Transcurridos unos momentos, continuó:

—De las tres grandes centrales, una ha sido destruida. Hemos procurado no causar daño a estas dos —señaló en la pantalla dos de los grandes edificios—, pero se hace necesario un serio ataque que termine con la resistencia de Mgod. Vamos a efectuarlo. ¿Quieren presenciarlo?

Ante aquella inesperada pregunta, Curtis y Martin se miraron rápidamente. ¡Cáspita! Ahí era nada intervenir, aunque sólo fuese como espectadores, en una batalla aérea entre satélites de un mundo remoto. ¡Sí, irían! La respuesta de los dos fue simultánea.

A una indicación del «terk», salió uno de los oficiales, que regresó con cascos espectroscópicos y armas para los terrícolas. Se colgaron

éstos del cinturón el proyector de «rayo verde» y la pistola de ondas de penetración, cuyo uso habían podido experimentar bajo la dirección de Zuor. Aquellas pistolas emitían unas ráfagas de ondas cortantes que producían terribles cortes en todo cuerpo al que eran proyectadas, dejando unos bordes tan limpios como un tajo de bisturí. Los «skrons» también los llevaban sujetos al tórax, pues eran artefactos de los que no se separaban los kranianos, salvo en muy raras ocasiones.

Mientras ellos se ajustaban el equipo, Verkon repartió órdenes entre los oficiales, los cuales salían en grupos. Cuando sólo quedó un grupo formado por cinco oficiales, entre los que se hallaba Zuor, el «terk» dio las últimas órdenes.

—Hombre de Fall —dijo, dirigiéndose a Curtis—; irás junto a Zuor, que tal vez te sobresalte con su pericia. El hombre científico de Fall vendrá en mi nave.

Comenzó a colocarse el equipo, mientras los demás iban saliendo. Cuando se hubo colocado el casco y se situó junto a Martin, éste pudo sonreír tranquilamente tras la escafandra que le cubría el rostro; pues al ver los preparativos, de aquellos belicosos hombrecillos, dotados de tan ridícula estatura y tan extraño equipo, recordó sus infantiles años, cuando jugaba a los soldaditos.

Pero pronto, más pronto que lo que él podía imaginar, las hazañas de aquellos pequeños seres le harían estremecer con el escalofrío de sensaciones de horror desconocidas.

CAPÍTULO V

Ataque a Taid

La numerosa flota aérea mandada por Verkon no era más que un núcleo de incontables puntitos luminosos en el negro espacio estelar. Las astronaves iban formadas en una inmensa semicircunferencia, de cuyo interior partía un ángulo cuyo vértice apuntaba en la dirección seguida. Justamente en la punta de aquel vértice volaba la astronave

del «terk», a cuyo lado derecho se sentaba Martin.

Éste, a indicación de Verkon, graduó los anteojos espectroscópicos, acoplándolos para el vuelo sideral. Ahora lo que podía divisar a través de la carlinga transparente adquirió una distinta coloración. Se volvió para mirar hacia Min, del que se alejaban velozmente, y le vio de un color oscuro, en el que resaltaba la negrura de las masas vegetales; los pequeños cúmulos que rodeaban al satélite aparecían grises; en cambio, la bruma atmosférica resaltaba brillantísima sobre el paisaje de carbón.

El vuelo no parecía progresar, aún cuando volaban a una velocidad fuera de todo cálculo.

Las restantes astronaves parecían unidas entre sí por invisibles fuerzas, así eran de equilibradas las distancias. Martin se sentía sobreexcitado en aquella inexplicable situación. Hasta ahora, pese a sus conocimientos, no había logrado otra cosa que admirarse más y más ante los adelantos técnicos y científicos de aquellos seres, sin conseguir penetrar en el secreto de ninguno de sus mecanismos. Ondas, ondas, ondas para todo; los hombres de Kran habían dominado el difícil campo de la energía solar, aprovechando sus incalculables y casi milagrosas posibilidades. Solamente llegando también a conocer profundamente la desconocida energía, podrían situarse los terrícolas a la altura de ellos. Pero, para dominarlos, habría de llegarse a conocimientos infrahumanos. Toda la teoría y práctica atómica, desde el hidrógeno al uranio, resultaban explosivos infantiles junto a una acumulación de energía solar dirigida. ¡Santo Dios! ¡Qué fronteras enigmáticas y espantables quedaban aún por atravesar...!

Entre las «concentraciones vitales» ingeridas debía encontrarse algún excitante, pues Martin no sentía sensación alguna de cansancio o sueño. Le parecía llevar bastantes horas de vuelo, pero habían transcurrido sin notar, abstraído en sus pensamientos y ante el grandioso espectáculo que le ofreció el paso de la astronave por zonas pobladas de pequeños astrolitos. Pedruscos lívidos que veía pasar como exhalaciones dejaban una leve estela fosforescente en el

espacio.

Verkon, entretanto, observaba atentamente una pantalla iluminada que se hallaba a su izquierda. Martin, también interesado, miró hacia allí

Vio una esfera gris, un poco alargada, que iba agrandándose lentamente.

Verkon le explicó:

—Es Taid. Pronto nos hallaremos en su atmósfera.

A continuación, señalando con un dedo hacia abajo, indicó a Martin que en aquella dirección podría verlo mejor, ante el giro que imprimió a la nave. Efectivamente, por la claraboya transparente de forma elíptica que aparecía en la plataforma de la astronave, Martin, acercándose, miró hacia abajo.

Una sensación de vértigo le atenazó la garganta y el estómago. Le parecía estar contemplando un cielo subterráneo. Miríadas de parpadeantes y lejanos soles enviaban policromos reflejos, y, allá abajo, algo a la derecha, un enorme globo gris semejaba estar fijo en el espacio. Un rápido movimiento de la astronave lo hizo desaparecer de su vista, y, al incorporarse, lo halló nuevamente a la derecha de la formación.

Y entonces Verkon acaparó su atención, al empezar a dar órdenes. Había graduado los anteojos para percibir todas las tonalidades visibles del espectro. Martin le imitó.

—Formación Dukar, primer vértice;. Formación Stengol, rayo iris Central Dos. Formación Diang, rayo iris Central Dos... Formación Nda-nin...

Los puntos luminosos cruzaban velozmente el espacio, para obrar según las órdenes del «terk». Martin comprobó que las astronaves pilotadas volaban a gran distancia detrás de los aparatos dirigidos.

Y entonces, al mirar hacia abajo, quedó admirado al darse cuenta que la astronave de Verkon estaba casi detenida en el espacio, y bajo

ella, claramente visible, podía contemplarse la extraña ciudad en triángulo que admirara en la pantalla del puesto de mando en el satélite Min.

De las plataformas aéreas que se hallaban suspendidas sobre ella brotaban haces de luz blanca, que, perfectamente conjuntados, formaban como una gigantesca masa luminosa por sobre toda la ciudad. Era imposible cruzar por sobre ella, a considerable altura, sin ser descubierto.

Como exhalaciones, entraron en el campo iluminado las primeras formaciones de astronaves. Mientras unas lanzaban los temibles «rayos iris» sobre los puntos en que debían hallarse emplazadas las armas defensivas, otras giraban vertiginosamente por sobre la zona que ocupaban las centrales del interior del triángulo. Martin quedó sobrecogido al ver el gran espacio carbonizado que antes ocupara una de las centrales. Las dos restantes estaban bajo el fuego del grueso de la flota.

Con fantasmagórica rapidez se sucedían en el aire fugaces explosiones semejantes al magnesio inflamado. Verkon le explicó que eran las naves dirigidas alcanzadas por los «rayos iris» de la ciudad.

Una formación giraba en aquel momento sobre una de las centrales. Se movía velozmente, con tal rapidez que formaba una espiral luminosa de la que partían ráfagas sucesivas y multicolores de «rayos iris».

El «terk» iba siguiendo el curso de la batalla, en la pantalla de onda-visión. Al ver de maniobrar aquella formación, le dijo a Martin:

—Es la formación de Zuor, con el que se encuentra el hombre de Fall, tu amigo.

Martin sufrió un sobresano. ¡Diablo! ¡En buen lío estaba metido Curtis! Aquello parecía una fantástica vista de fuegos artificiales en la que no iba a quedar nada indemne. Los fogonazos deslumbraban por su continuidad.

De pronto, el «terk», dio una rápida orden:

—¡Retira formación, Zuor! ¡Emanaciones de «lark»! ¡Retiren formaciones! ¡Atención! ¡Emanaciones de «lark»!

De la ciudad brotaban haces de luz amarillenta en forma de descomunales embudos, por cuyas partes más anchas despedían vaharadas de un humo denso, que se expandía con violencia en forma de árboles de tupidas copas. Algunos aparatos fueron envueltos por las emanaciones y fueron destruidos. Adquirían un brillo cegador cada vez más intenso, con la incandescencia que se produce en los filamentos de tungsteno sometidos al paso de una corriente, hasta que estallaban en el aire con una llamarada blanca y dorada.

Súbitamente, el «terk» centró la atención en la pantalla, demostrando un interés poco frecuente en el temperamento kraniano. A continuación, Martin le oyó lanzar secas palabras:

—¡Zuor! ¡Retira formación! ¡Retira formación! ¡Atención, Zuor! ¡Atención...!

Poseído de una extraña excitación, Verkon manipulaba en el cuadro, sin cesar de hablar ante la pantalla dirigiendo órdenes de las formaciones.

En efecto, éstas habían tomado más altura, desenfocándose de los haces amarillo-luminosos. Continuaban lanzando ráfagas de «rayos iris» en sus rápidas pasadas sobre los objetivos, pero una de las formaciones no parecía obedecer las órdenes de Verkon.

La astronave-piloto que dirigía esta formación se encontraba a una prudente distancia, fuera del alcance de las armas de Taid, pero los aparatos dirigidos que la componían estaban ejecutando una curiosa maniobra: desenrollando la línea luminosa de ataque en espiral, se lanzaron en raudo vuelo hacia arriba. Una vez reagrupados, quedaron como fijos en el firmamento. Uno de ellos se separó de la formación, y en una perfecta vertical, descendió como un meteoro hacia el objetivo central, con el que estableció contacto con la violencia del más potente proyectil. Una gran llamarada se elevó de la central tocada, y uno de los conos luminosos que lanzaban las emanaciones quedó inutilizado.

Otra astronave inició la misma operación que la primera, lanzándose en vertiginosa vertical...

—¡Atención, Zuor! ¡Suspende ataque! —gritaba, sin resultado, Verkon—. ¡Obedece, Zuor! ¡Destruirás la formación!

Pese al tono enérgico del «terk», la segunda nave se estrelló contra el objetivo, ascendiendo una columna de humo blanquísimo del lugar del impacto. Y otra tercera astronave iniciaba la aniquiladora maniobra...

* * *

Al iniciarse el ataque a Taid, Curtis se encontraba junto al oficial Zuor en la astronave pilotada por éste. Contempla la lejana superficie del satélite y el lugar en que se hallaba emplazada la ciudad, que, a tal distancia, semejaba el dibujo de una reacción en cadena.

La voz de Verkon comenzó a lanzar continuadas órdenes, que resonaron metálicamente en el interior de la carlinga. Las astronaves de vanguardia penetraron en el campo iluminado por los haces de luz de la ciudad, iniciando el ataque. Los primeros fantásticos fogonazos deslumbraron las retinas de Curtis.

—... ¡Formación Zuor! ¡Rayos iris Central Dos! —ordenó la voz del «terk».

El oficial maniobró rápidamente en el cuadro, que, al iluminarse, mostró una veintena de puntitos luminosos de color verde. Accionando con sorprendente soltura en los distintos pulsadores de ondas, Zuor puso en movimiento aquella lejana formación, dirigiendo el ataque. La hizo describir una perfecta espiral sobre uno de los grandes edificios centrales, y luego la hizo alejarse, dejando sitio a otra formación atacante, no sin haber perdido tres de las astronaves.

Aparentemente, el espectacular ataque no parecía dar el fruto que era de esperar, dada la terrible potencia del «rayo iris». Algunos de los pequeños edificios habían sufrido los estragos de las ráfagas enviadas por la flota atacante; empero, los grandes edificios no habían sufrido daño alguno.

—Parecen estar acorazados contra el «rayo iris»... —comentó Curtis.

—Y lo están —fue la sorprendente respuesta—. Se hallan recubiertos por una envoltura de ondas repelentes sincronizadas con la rapidez de frecuencias del «rayo iris»; de ello resulta que cada una de las rapidísimas ondas del «rayo iris» es recibida y rechazada por otra de igual rapidez que impide su penetración.

—¿Entonces...? —indagó Curtis, no comprendiendo la insistencia del ataque.

—Se destruyen las pequeñas instalaciones, mientras se someten las mayores a un intenso fuego de «rayo iris», en espera de hallar un punto vulnerable —explicó Zuor, mientras organizaba la formación para hacerla actuar nuevamente.

Una idea repentina brotó en la mente de Curtis. Cogiendo al oficial «verde» por un brazo, le preguntó rápidamente:

—Dime, Zuor ¿las ondas que emiten las centrales son totalmente impenetrables?

—Para los «rayos iris», sí.

—Pregunto si a otro cuerpo cualquiera lo rechazaría —insistió Curtis.

—No... —denegó Zuor, sin comprender la intención del terrícola —. Pero, ¿qué otro cuerpo iba a ser ése? No contamos con otras armas.

—¡Atiende bien, Zuor! Sitúa la formación en la vertical de las centrales. ¡En la Central Dos! ¡Rápido!

Antes de que Zuor pudiese obedecerle, llegó a ellos la voz de Verkon:

—¡Retira formación, Zuor! ¡Emanaciones de «lark»! ¡Retiren...!

Los enormes conos de luz amarilla que brotaban de la ciudad lanzaron las esponjosas nubes de humo, que alcanzaron algunas astronaves que volaban más bajas, las cuales se tornaban

incandescentes, estallando a continuación.

Curtis impidió a Zuor obedecer inmediatamente a Verkon, al sujetarle por la muñeca.

—¡No retires la formación, Zuor! ¡Colócala en la vertical!

Fue tan imperioso el tono de Curtis, que Zuor, como un autómata, le obedeció y dirigió la formación de astronaves fuera del radio de acción de las emanaciones, pero peligrosamente cercana a sus efectos, al no perder la verticalidad con la ciudad.

—¡Zuor! ¡Retira formación! ¡Retira formación! ¡Atención, Zuor! —gritaba la voz de Verkon, atronando la cabina—. ¡Atención...!

Una rápida presión de Curtis en el cuadro de onda-visión cortó la comunicación con el «terk».

—¡Lanza una de las naves, Zuor! ¡Recta a la Central Dos!

El titubeo del kraniano hizo actuar con decisión a Curtis. Había visto lo suficiente para poder manejar el mando de las naves dirigidas. Giró la aguja, y una veloz saeta entró rectamente en picado hasta chocar con la Central Dos.

Ya no era Curtis, el tranquilo muchacho de Arizona; se había convertido instantáneamente en el hombre de rápidos reflejos que pilotó los cazas de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas. Todo quedó borrado en su mente, todo lo que no fuera aquel circular objetivo de la Central Dos en la que el impacto arrancó una llamarada, destruyendo un proyector de emanaciones.

Zuor, sobrecogido tal vez por primera vez en su vida, estableció contacto con la nave-mando, mientras Curtis procedía a lanzar la segunda astronave.

Hasta ellos llegó la excitada voz de Verkon:

—¡Atención, Zuor! ¡Suspende ataque!

La segunda astronave cruzó verticalmente el espacio con la rapidez de un rayo.

—¡Obedece, Zuor! ¡Destruirás la formación! —clamaba

inútilmente el «terk».

Pero Curtis no prestaba atención a las órdenes. Dominado por un cegador impulso accionó la aguja, lanzando la tercera astronave en picado...

Una intensa explosión dorada siguió al tercer impacto, seguida por varias explosiones más de menor intensidad. Una gran nube negra quedó ocultando el objetivo. Cuando Curtis se disponía a lanzar la cuarta nave, Zuor le indicó rápido la pantalla.

Al disiparse la nube que lo ocultaba, apareció en el espacio que ocupaba la Central Dos un gran espacio ennegrecido, aún humeante. ¡Sólo quedaba una de las grandes centrales!

La cuarta astronave fue dirigida a este punto, como una exhalación. Al chocar con el objetivo brotó de éste un alto chorro de humo blanquísimo.

—¡Mira! —le mostró Zuor, evidentemente admirado.

Una espléndida envoltura lumínica rodeó la ciudad con un halo blanco luminiscente. Y, como flotando en esta atmósfera luminosa, podía verse la figura, resplandeciente también, de un rombo azul.

—¡¡Mgod se rinde, hombre de Fall!! —gritó el kraniano.

«Por fin daban muestras de excitación los fríos e indiferentes hijos de Kran —pensó Curtis—. ¡Ya era hora!»

Una voz estridente, desconocida, inundó la carlinga. Era la voz de un Verkon emocionado:

—¡Atención, formaciones de Min! ¡La ciudad de Taid se ha rendido! ¡Ocupen las plataformas superiores! ¡Sitúen las astronaves dirigidas en las plataformas inferiores! ¡Atención!

Zuor requirió los mandos. La inmensa escuadra aérea, formada por los aparatos dirigidos, se dirigió en compacta formación hacia las plataformas inferiores.

Antes de que Curtis pudiera darse perfecta cuenta de lo ocurrido, se halló rodeado por un numeroso grupo de oficiales «verdes» que

hablaban excitadamente a Zuor.

La nave-mando, pilotada por Verkon, quedó posada en la misma plataforma y de ella descendieron el «terk» y Martin, que corrió hacia Curtis estrechándole la mano. Los oficiales habían quedado alineados ante la presencia del «terk».

—Zuor —habló rápidamente éste, sin despojarse del capuchón negro—; al terminar esta sombra darás cuenta de tu desobediencia.

Dirigiéndose a los restantes, ordenó:

—Utilizad las corazas flotantes y seguidme a la superficie.

Aquella extraña formación de hombres flotantes descendieron en la noche de Taid, siguiendo a su «terk». De las numerosas plataformas superiores, otras formaciones flotantes similares descendían hacia la ciudad conquistada.

Curtis y Martin, envueltos en las corazas de ondas, volaban mezclados en la formación del «terk», impresionados por el espectáculo de aquella caravana de pesadilla.

CAPÍTULO VI

Vuelo de exploración

Según calculó Martin, los seis satélites de Kran giraban alrededor de éste a una velocidad que les permitía efectuar la traslación completa unas seis veces en el transcurso de un día terrestre. Al par que efectuaban esta traslación, la rotación sobre su propio eje, en cada uno de ellos, podía calcularse en unas ocho o nueve horas. Es decir, que los días y las noches se sucedían en ellos a una velocidad desconcertante para un terrícola.

Al tomar tierra en Taid los componentes de la expedición conquistadora, las primeras radiaciones luminosas del lejano Djon comenzaron a llegar al satélite, inundándolo en una claridad dorada. Martin se admiró de que no reinara una bajísima temperatura en

aquellos satélites tan alejados del astro generador de calorías. Hasta algún tiempo después no tuvo noticias de que los satélites, así como el planeta central, contaban con centrales de energías calóricas que suministraban un clima artificial templado, propagado por las ramificaciones que partían de las centrales.

Una vez agrupada en tierra la numerosa formación mandada por Verkon, se dirigió al único gran edificio que aún se conservaba en el centro del triángulo que formaba la ciudad. No se descubría vestigio alguno de vida en aquellos alrededores, barridos por los «rayos iris». Del cráter negro que ocupaba, el lugar en que antes se hallara la Central Dos destruida, aún brotaban cálidas vaharadas humeantes. Rodeando el espacio ennegrecido, Verkon se dirigió hacia la entrada de la Central Uno, seguido por sus soldados, todos suspendidos a unas pulgadas del suelo.

Ahora podían apreciarse en toda su magnitud los terribles destrozos causados por el impacto de la astronave dirigida que se estrelló en este edificio. La gruesa cubierta de materia opaca que constituía la envoltura exterior, y de cuya acerada dureza tenían noticias los terrícolas, presentaba un enorme orificio alargado de lisos bordes hundidos.

Algunos soldados de Taid se hallaban ocupados en reparar desperfectos y suspendieron la tarea al acercarse la formación. La entrada fue franqueada a Verkon por otro grupo de soldados vistiendo el metálico traje de las Fuerzas de Construcción, cuyo color era amarillo-rojizo.

Verkon dio algunas órdenes a sus oficiales, y, sólo seguido por un grupo de una treintena, entre los que se hallaban Curtis y Martin, penetró en el edificio.

Éste, en su interior, no mostraba señales de haber sufrido daño alguno. Era amplio, monstruosamente amplio. Frente a la entrada, una ancha plataforma ascendía ondulantemente hasta conducir a la única planta alta, en la que formaba un compacto y numeroso grupo de oficiales de Taid, despojados de armas y cuyos «skrons» se hallaban

en el suelo junto a ellos.

Al frente del grupo y sostenido por dos de sus oficiales, se encontraba el «terk» Mgod, de Taid. Debía haber sido un hombre corpulento, teniendo en cuenta la medrada talla de los kranianos, pero en aquel momento presentaba el más lamentable y estremecedor aspecto.

Más de la mitad del rostro y cráneo estaba tumefacto y cubierto por repugnantes rugosidades. El «nang» de aquella parte había prácticamente desaparecido, y la trágica y horrorosa mueca de la boca mutilada producía el escalofrío que podría sentirse frente a un ente demoníaco. Aquella medio carbonizada faz se movió dolorosamente al acercarse Verkon; la deformada boca realizó un trabajoso esfuerzo para emitir roncas palabras:

—Has vencido... Verkon... No castigues... a mis... oficiales... Me obedecieron...

Quedó exhausto tras aquel esfuerzo. Las contraídas manos aparecían también carbonizadas.

Un gesto interrogante del «terk» verde hizo dar algunas explicaciones a uno de los oficiales que sostenían a Mgod:

—«Terk» Verkon; al ser destruido un proyector de «lark» en la Central Dos, el «terk» Mgod se hallaba cercano y fue seriamente alcanzado por las emanaciones.

Verkon se acercó al medio inanimado Mgod.

—Mgod —le dijo, suavemente, y el rostro de éste se alzó para mirarlo—; lamento haber tenido que enfrentarme a ti. Tus oficiales no serán castigados. Lo prometo...

Y el brazo del «terk» se extendió solemnemente, ejecutando el movimiento del juramento kraniano.

Mgod sostenía erguida la cabeza por un verdadero prodigio de voluntad. Como un gorgoteo brotaron las palabras de su garganta:

—Verkon; el Kon-Dad... recoge jóvenes de... Psul, para...

hacerlos luchar... Evítalo... Verkon... ¡Evítalo...!

Aquella última frase del «terk» Mgod acabó con sus postreras energías. El cuerpo se desplomó pesadamente, sin vida, en los brazos de los oficiales que lo sostenían, quedando en una trágica postura de pelele deshecho.

Cuando los oficiales retiraron el cuerpo de su «terk», Verkon entraba en la cámara de éste. Frente a la iluminada pantalla de onda-visión, empezó a transmitir mensajes encaminados a organizar el control de la «Ciudad del Armamento».

Algún tiempo después comenzaron a llegar grandes astronaves que transportaban hombres de Tond, especializados en el control de energías, y que eran enviados por el «terk» Kein para reparar las averías causadas en las instalaciones.

En una ocasión, Martin, en presencia de Curtis, dirigió una pregunta a Verkon, al que acompañaban en la inspección de los trabajos:

—¿Qué emanaciones fueron las que alcanzaron a Mgod?

—Emanaciones de «lark» —respondió el«terk».

—¿Es esto el «lark»? —inquirió Martin, señalando la gran cantidad de polvo granuloso contenido en un enorme recipiente de materia transparente.

—De ahí se extrae —fue la respuesta—. Su acción es temible para nuestro cuerpo. Las emanaciones de «lark» convierten nuestros trajes metálicos en planchas incandescentes que nos carbonizan. Igual ocurre con los materiales de que están construidas nuestras astronaves.

—¡Qué extraño! —murmuró Martin.

Sin darse cuenta empleó el idioma francés.

—¿Qué es ello? —se interesó Curtis, al escucharle.

Verkon estaba ocupado dando instrucciones a un grupo de hombres «blancos» del Control de Energías.

—Verás, Curtis; los kranianos utilizan emanaciones de sodio para poner incandescentes sus trajes y astronaves. Eso que hay contenido en los incipientes no es otra cosa que óxido de sodio y de ahí extraen el metal para las emanaciones. Es interesante saberlo.

Curtis no encontró tan interesante el descubrimiento, aunque se guardó mucho de defraudar a Martin. Él no había sido más que un mediano estudiante, y aquellos problemas químicos le tenían sin cuidado.

* * *

Transcurrieron varias sombras antes de que hubiesen sido reparados los desperfectos de la ciudad de Taid. Pero, finalmente, todo quedó concluido a satisfacción de Verkon.

Ordenando una reunión de la gran cámara que ocupaba, se dirigió a los oficiales allí concentrados. Expuso un plan para dejar defendido Taid de posibles ataques. Varias formaciones de astronaves quedarían en las plataformas aéreas, con un grupo de oficiales mandados por Zuor.

Éste había explicado ya su desobediencia a las órdenes del «terk», motivada, según manifestó Curtis, por su rápida intervención en los cuadros de mando, que manejó sin que pudiese evitarlo el oficial «verde».

Una vez Verkon distribuyó los distintos servicios, hizo acercarse a uno de los oficiales.

—Stengol; conducirás al científico de Fall hasta el satélite Tond. Dirás al «terk» Kein que lo instruya en todo lo relacionado con energías. Es un científico y sabrá aprovecharlo.

Dirigiéndose después hacia Curtis, le dijo:

—Y tú, atrevido hombre de Fall, saldrás con Dukar para efectuar un vuelo de exploración sobre Djavar. Será interesante para tu impulsivo temperamento. No hay que olvidar que los hombres de Takell lo tienen ocupado y estarán organizando bases para atacarnos. ¡Dukar! —llamó, seguidamente.

Un oficial «verde» se adelantó hacia el «terk», quedando junto a Curtis. Aún cuando era de talla regular, llegaba escasamente a la altura del cinturón de éste. Curtis sonrió al pensar que aquel hombrecillo iba a ser el encargado de su seguridad.

—Llevarás contigo al hombre de Fall —habló Verkon—; sabe manejar la astronave y puedo confiar en él. Realiza la exploración por la zona de los «toongs», fuera del alcance de los hombres de Takell. Y ahora —prosiguió el «terk»—, antes de partir ¿quieres decir, hombre de Fall, qué te impulsó a lanzar las astronaves contra los objetivos?

Curtis parpadeó rápidamente antes de contestar. Martin le contemplaba, divertido.

—Es que... —respondió titubeando.

Después, reaccionó y contestó decididamente:

—Resulta, Verkon, que en Fall también existen hombres de pupilas rasgadas y mediana talla, aunque algo mayor que la de Kran, los cuales han utilizado ese procedimiento de lanzar los aparatos contra los objetivos.

—Luego es un sistema de combate adoptado en Fall, ¿no es así? Resulta admirablemente eficaz y poco costoso.

—No sé... —objetó Curtis—. Es que en Fall, las naves aéreas que se estrellaban en los objetivos iban pilotadas por seres vivos...

Y ante el fugaz gesto de extrañeza del «terk», Curtis envió una sonrisa a Martin, que también sonreía al ver el gesto de incomprensión de Verkon.

Así, pues, algo de los hombres de Fall podía causar admiración en los marmóreos hombres de Kran.

CAPÍTULO VII

El Mando Azul

La extensa zona poblada de asteroides de variados tamaños, que giraban lentamente en las cercanías de Djavar, el más atrasado de los

satélites de Kran, estaba siendo ahora observado por Curtis en su primer vuelo de exploración.

Dukar conducía la astronave a una velocidad moderada, manteniéndose a una prudente distancia de aquellas moles pétreas. Las superficies muertas de los lívidos pedruscos podían ser observadas a la perfección en la pantalla de onda-visión, y Curtis se mostraba maravillado ante el paisaje dantesco de aquellas informes masas flotantes.

Iban atravesando una zona de «toongs» entre los que uno de ellos podía tener una extensión de varias millas. Bordeando su contorno, los exploradores observaron la extraña estructuración de las montañas, que daban la impresión de estar formadas por descomunales surtidores de metal derretido y solidificado. La sensación era la de estar contemplando un inmenso campo poblado de gigantescas setas petrificadas, de intenso tono azulado.

Interesado en la contemplación del enigmático paisaje, y confiado en la poca fuerza de atracción del planetoide, Dukar fue acercando la astronave, insensiblemente, hasta hallarse a una proximidad inquietante. Los altos farallones de feldespato despedían un azulado reflejo que adquiría intensa refracción en los picudos y azules promontorios de un pétreo mineral semejante al lapislázuli.

Sobre la pantalla comenzó a verse el azulado espacio de una llanura. Curtis la indicó a Dukar y éste hizo descender aún más la astronave para explorarla más claramente.

Apenas ésta quedó situada sobre el lugar deseado, casi inmóvil en el espacio, desde tres puntos distintos del planetoide surgieron otros tantos haces de luz roja que envolvieron al aparato.

Dukar maniobró desesperadamente intentando enderezar el rumbo de la astronave, que, evidentemente, era atraída hacia el planetoide. Los esfuerzos de Dukar, poniendo en juego todo el sistema de ondas de que iba provista la nave, resultaron infructuosos. Lenta, pero firmemente eran atraídos por una poderosa fuerza.

—¡Estamos perdidos! —manifestó Dukar, filosóficamente—.

Hemos sido aprisionados en un potente campo de ondas magnéticas. No podemos contar con los «skrons», que son inservibles ante una imantación como ésta. Sólo podemos utilizar el proyector de «rayo verde» y el de ondas cortantes...

El oficial «verde» dejó de pulsar en los mandos, ante la inutilidad de ello. Curtis, mirando a través de la abertura transparente inferior, descubrió que tan solo tardarían unos minutos en establecer contacto con la superficie.

Una blanda sacudida, seguida por la inmovilidad de la astronave, demostraron la realidad de su aserto. Mirando por la parte superior de la carlinga, vio Curtis un terreno azul, de naturaleza desconocida, circundado por altas paredes o farallones azulados. Ni un solo ser vivo podía divisarse en toda la extensión circular, cubierta de una arena parecida a calcedonia pulverizada. Curtis trató de hacer funcionar el «skron», sin conseguirlo. Asimismo, la plancha de salida de la astronave era imposible hacerla accionar. Un fuerte campo de fuerzas magnéticas anulaba los mecanismos con que contaba en la astronave.

De improviso, el lugar quedó inundado por una rosada luminosidad, como si la atmósfera allí contenida fuera fosfórica. Un zumbido regular, que iba creciendo en intensidad, llegó hasta ellos, y pasado un breve tiempo, de angustiosa espera, salió de entre un cañón formado por los farallones, un extraño aparato que avanzó hacia ellos.

Iba suspendido a escasa distancia del suelo. Lo rodeaban dos alas horizontales semicirculares de un metal blanco brillante, y la carlinga superior central, en forma de torpedo, estaba iluminada por una intensa luz rosada, que despedía sus reflejos a través de la materia transparente que la cubría.

A medida que el aparato iba acercándose, Curtis descubría detalles impresionantes. Varios seres se movían en su interior; uno de ellos, situado en la parte frontal de la cabina, parecía mirar fijamente la astronave kraniana.

Curtis y Dukar no hablaron palabra alguna. Como de común acuerdo, ambos habían empuñado los proyectores de ondas cortantes, dispuestos a defenderse si era necesario. Esperaban el desenlace, presos de mortal inquietud. Un potente haz de luz roja brotó del artefacto que ya se hallaba junto a ellos, cegándoles de tal forma que hubieron de arrojarse a la plataforma, cubriéndose con los brazos la línea espectroscopia del capuchón, y antes de que hubiesen podido graduar los anteojos para resistir la violenta radiación, la transparente cubierta de la astronave ardió con la rápida llamarada del celuloide.

La vaharada cálida que inundó la cabina les obligó a incorporarse, cubriéndose aún la vista con los brazos, y, al separarlos, se vieron encañonados por las raras pistolas que empuñaba media docena de hombrecillos.

Una sucesión de rápidos y estridentes sonidos, emitidos por aquellos seres, llegó a los oídos de Curtis. Eran sonidos breves, estrangulados, casi «líquidos»; una sucesión de gorgoteos muy parecidos a los que produce una garganta humana gargarizando.

—¡Los hombres de Takell! —murmuró Dukar apagadamente.

Éstos rodearon a loa prisioneros y les hicieron salir de la astronave. Al realizar Curtis un leve esfuerzo, salió lanzado hacia arriba para descender suavemente en la arena azulada. Una gran opresión le atenazaba el pecho, impidiéndole respirar normalmente. La angustiosa sensación de que iba a estallar todo él llegó a ser tan real, que se llevó las enguantadas manos al rostro. ¡Sangre! ¡Estaba sangrando abundantemente por ojos, nariz y oídos! ¡Incluso la piel transpiraba sangre! ¡Maldita sea! ¡Aquello era el fin!

Una nube negra oscureció su vista y perdió el conocimiento.

* * *

Curtis se movió lentamente. Abrió los ojos y se halló tendido en una fantástica caverna socavada en la roca azul. Junto a él se encontraba Dukar. Al pronto no le reconoció; el kraniano estaba

cubierto por un arrugado traje metálico brillante. A Curtis le pareció estar soñando y que Dukar aparecía en el sueño, vestido con papel del que envuelven las chocolatinas. La cabeza estaba embutida en una escafandra del mismo material, excepto en la parte del rostro, que podía vérsele a través de la materia transparente.

Curtis se palpó a sí mismo y también se encontró equipado con aquel extraño ropaje, sobre el que le habían colocado el cinturón transparente provisto -cosa extraña- con los proyectores que antes traía. Le cruzaba el pecho una especie de tirantes que sostenían dos cilindros de escasísimo peso, de los que partían unos tubos flexibles y metálicos que estaban fijos a la escafandra.

Probó a respirar profundamente y comprobó, complacido, que podía hacerlo a la perfección. Lo que no pudo fue comunicar con Dukar; la materia que le envolvía le impidió hacerlo.

La caverna en que se hallaban era profunda, y el orificio de entrada estaba situado a gran altura; aquello daba más bien la impresión de un pozo. Las lisas paredes azuladas echaban por tierra toda esperanza de intentar ascender por ellas. Por otra parte, Curtis sentía una viva curiosidad por conocer a aquellos pobladores de Takell que se atrevían a enfrentarse con los kranianos.

Una sombra obturó la entrada y uno de aquellos pequeños seres, cubierto por el arrugado traje plateado y la escafandra, se dejó caer, yendo a apoyarse blandamente ante Curtis y Dukar. Otros dos personajes siguieron al primero. Todos empuñaban las complicadas pistolas que ya les viera Curtis, de la culata de las cuales partían unos finos tubos metálicos que iban a conectarse en la embocadura de dos receptáculos sujetos a la espalda, de igual manera que los tubos de oxígeno a los nadadores submarinos.

Los prisioneros se incorporaron, ante una significativa indicación de uno de los aprehensores. Antes, se habían graduado las botas imantadas para poder valerse normalmente en el planetoide.

Dos de aquellos hombres sujetaron a Curtis por el cinturón, mientras el otro lo hacía con Dukar. Inopinadamente salieron

impulsados hacia el exterior a través del túnel viniendo a quedar en la superficie junto al orificio. Y entonces, Curtis admiró una numerosa flota de astronaves recubiertas de metal blanco, alineadas en el allanado fondo de un profundo cañón, donde quedaban perfectamente ocultas a cualquier observación aérea.

Aquellos seres los condujeron a través de un accidentado sendero de agudas aristas de cuarzo, hasta la base de uno de aquellos promontorios en forma de gigantes setas petrificadas. Una abertura practicada en ella daba acceso a un espacioso recinto ocupado por el que parecía ser el jefe de aquella avanzadilla.

Hasta aquel momento no tuvo Curtis oportunidad de contemplar detenidamente uno de aquellos rostros.

El interior del socavón estaba iluminado intensamente por luz rosada, y el individuo que se hallaba frente a él era de una estatura algo menor que el kraniano. Estaba, sin embargo, mejor proporcionado. La cabeza era de un tamaño apropiado a la estatura y estaba cubierta por la escafandra metálica. El rostro... ¡Por cien mil diablos! Curtis sufrió un gran sobresalto. ¡Aquello no era el rostro de una criatura! Más bien parecía el de un repulsivo animal, con el color de la piel parecida a arcilla. Los ojos, enormemente grandes, aparecían surcados por líneas multicolores, que, coincidiendo en el centro, se movían rápidamente, dando a las pupilas distintas tonalidades de color. ¡Pupilas dispuestas naturalmente para filtrar una sola radiación! ¡Un complicadísimo aparato espectroscopio como órgano normal!

Curtis quedó aturdido ante aquel ser; pero la curiosidad pudo más que el asombro. Aquellos grandes ojos quedaron fijos en él, y dos largas y finas antenas carnosas que aparecían enrolladas en el lugar de la nariz, se extendieron en movimientos oscilatorios hasta tropezar con la pared transparente de la escafandra, donde quedaron posadas. Luego, la boca -¡aquel espantoso orificio sobresaliente!- comenzó a moverse. De un pequeño artefacto colocado en la parte superior de la escafandra de aquel ser, brotaron nuevamente los estremecedores gorgoteos.

El terrícola no podía comprender nada en absoluto, pero Dukar intentó emitir trabajosamente algunos sonidos similares, que parecieron interesar al otro. Seguidamente, maniobró en una pantalla circular colocada en la pared y en la que se reflejó un planisferio de la Vía Láctea. El dedo de Dukar señaló la esfera terráquea, y su interlocutor volvió a emitir algunos sonidos. Era extraño que las palabras que dijera Dukar fueran percibidas por el jefe de aquel grupo y no llegara ninguna de ellas a oídos de Curtis.

Aquel hombre o lo que fuera, fijó la vista en Curtis. Luego la dirigió a Dukar, y, finalmente, apoyó sus dedos en la imagen de la Tierra.

Al hacerlo, se vio claramente que aquella mano no estaba articulada. Era un tentáculo gelatinoso, cuyo extremo se bifurcaba en otros tres más finos y pequeños, al igual que los de un cefalópodo de los mares terráqueos.

CAPÍTULO VIII

La Legión Invisible

A partir del momento en que el jefe de aquel grupo de astronaves takellanas interrogó a Dukar, éste dejó de tener interés para él, centrándolo, en cambio, en Curtis, el hombre llegado del gran planeta.

Allí, metido en un profundo pozo en un mundo desconocido, totalmente a merced de unos seres extraños con exiguos rasgos humanos, el animoso norteamericano se sentía deprimido. ¿Hasta cuándo duraría el pacífico trato de aquellas gentes? Empezaba a perder la esperanza de volver a reunirse con su compañero Martin alguna vez.

Junto a él, Dukar parecía más resignado con su suerte. En aquel instante succionaba de un recipiente, en forma de cuerno, el jugo alimenticio que les suministraban sus guardianes. La parte baja de la escafandra contaba con un pequeño orificio, que, al ser abierto, daba paso al fino tubo de los receptáculos alimenticios. Los generadores de

atmósfera sujetos al pecho no habían sido renovados desde que se los colocaron, lo que demostraba la gran concentración que contenían o que se regeneraban automáticamente.

Desprovistos del aparato con que contaban los hombres de Takell para comunicarse entre sí, Curtis no había podido cambiar impresiones con Dukar respecto a la situación en que se hallaban. Unas cuantas señas era todo cuanto habían cruzado.

¿No habría algún medio a su alcance para escapar del planetoide? Curtis recordó la cabina incendiada de la astronave y las fuerzas magnéticas con que contaban los takellanos. Pensó liberarse de la imantación del calzado y salir al exterior; en cuatro zancadas podría trasladarse a la astronave y emprender el vuelo... ¿Y Dukar? ¿Podría seguirle?

Embargado en tales pensamientos quedó dormido.

Cuando despertó, miró alrededor y se halló solo. ¿Qué habría sido de Dukar? ¿Habría intentado huir solo? Curtis desechó aquel pensamiento. Esperó largo rato por si volvía el kraniano, pero cada vez iba sintiéndose más inquieto. ¡Maldita incertidumbre! ¡No aguantaría más! Decidió actuar por su cuenta.

Giró el resorte de imantación del calzado, rebajando considerablemente la fuerza de atracción, y procedió a salir de aquella prisión. Pensó dar un gran impulso al cuerpo para salir a la superficie, más dejó a un lado aquella idea. Intentó, con sumo cuidado, ascender por la lisa pared, apoyando la espalda y los pies, y comprobó, admirado, lo fácil que le resultaba hacerlo.

No lo pensó ni un instante más. Rápidamente ascendió hasta llegar a la entrada del orificio. Aquel lugar no estaba vigilado. Asomando la cabeza cautelosamente, atisbó los alrededores sin descubrir rastro alguno de guardianes. El pozo estaba situado en la parte superior de una de aquellas enormes setas pétreas. La explanada que la rodeaba se hallaba limitada por el abismo. El terrícola fue arrastrándose hasta el borde y miró hacia abajo.

Un grupo de hombres de Takell estaba rodeando a Dukar, junto a

una astronave dispuesta para el vuelo. El kraniano hacía desesperados esfuerzos para desprenderse de los tentáculos adheridos a sus brazos y que intentaban conducirlo al interior de la nave. En una ocasión le quedó libre el brazo derecho y empuñó la pistola de ondas cortantes. Una ráfaga azul brotó del arma y uno de los contrarios se desplomó dividido su cuerpo por un limpio tajo. Los takellanos huyeron precipitadamente, parapetándose tras la nave.

Dos grandes saltos situaron a Dukar bajo la excrescencia rocosa sobre la que se hallaba Curtis y, al mirar hacia arriba con la evidente intención de iniciar el salto, descubrió a éste. Con rápidos gestos le indicó saltase hacia donde él estaba, pero hubo de resguardarse velozmente de una andanada de ráfagas doradas que partió de la astronave.

Curtis calculó la altura del punto en que estaba situado. Tuvo que vencer un instintivo temor, pero, al fin, se lanzó audazmente al espacio. Fue una suave caída; rebotó en el suelo y nuevamente fue despedido. Algo así como lo que ocurre a un trapecista lanzado en la red de protección. Al cesar los movimientos, intentó reunirse con Dukar, parapetado tras las rocas, mas unas nutridas ráfagas doradas le envolvieron.

Notó un leve calor en el cuerpo, pero nada más. Se alzó más tranquilo, y con un salto de unas diez o doce yardas, llegó junto al kraniano. Nuevas y continuadas ráfagas doradas hicieron blanco en él sin causar efecto aparente, por lo que ni intentó resguardarse. No así Dukar, que, a través del trozo transparente de la escafandra, reflejaba un horror y una admiración que Curtis nunca viera en un rostro kraniano. Desesperadamente, le hacía señas Dukar para que se situara junto a él, pero Curtis, animado por el nulo efecto del arma takellana, empuñó los proyectores y se dispuso a avanzar hacia la astronave. Una nutrida lluvia de ráfagas le envolvió.

¡Resultaba gracioso! Aquellas temibles ráfagas le producían el agradable calorcillo que si se hallara tumbado en una playa de Florida ¡Adelante, pues! Ahora iban a aprender los takellanos a ser más hospitalarios.

Tomando impulso, un hermoso salto -¡lástima que no le viesen los chicos de la Universidad!- le situó sobre una de las alas de la astronave. Intentó sujetarse a ella, siempre bañado en ráfagas doradas, pero fue despedido por la fuerza de la caída. Cayó suavemente y esta vez sí consiguió asirse a la astronave.

De una caverna cercana salió como media docena de hombrecillos, gesticulando y con pistolas empuñadas con las que comenzaron a lanzar ráfagas sobre Curtis. Éste dirigió la línea de ondas cortantes, que causó estragos en el grupo hasta aniquilarlo.

Situándose bajo una de las alas, Curtis ejerció presión hacia arriba y notó, gozosamente, que podía moverla con toda facilidad. La astronave era una gran mole metálica, pero, o el metal era ligero como el papel, o él se encontraba dotado en aquel planetoide de una fuerza sólo comparable a la de las más potentes grúas terrestres.

Con un brusco esfuerzo consiguió elevar la astronave, con una de las alas apoyada en el suelo, hasta colocarla invertida; luego, proyectando el rayo verde sobre los aterrorizados hombres de Takell que salían arrastrándose de la destrozada carlinga, sembró aquel lugar de rígidas figuras en las más extrañas actitudes. Los hombres de Takell, paralizados por los efectos del rayo verde, parecían ser los auténticos pobladores de aquel pequeño mundo petrificado; un grupo de fetiches inmóviles en el espacio vítreo de arena azul.

Un nuevo grupo de takellanos desembocaba en aquel momento por la garganta del cañón, dirigiéndose rápidamente hacia la destrozada astronave.

Con la rapidez del rayo, se volvió Curtis hacia el lugar en que permanecía escondido Dukar, haciéndole señas para que le siguiera. En fantásticos y escalofriantes saltos, el terrícola y el kraniano llegaron cerca de su astronave, en la que penetraron. Con una perfecta rapidez y eficiencia, el kraniano pulsó los resortes que la hacían funcionar, y, antes de que los hombres de Takell pudieran tomar medidas prácticas para evitarlo, la astronave alzó el vuelo en vertical, alejándose del planetoide.

Cuando los haces de luz roja magnética surgieron de sus emplazamientos buscando en las tinieblas, ya la astronave pilotada por Dukar y Curtis se hallaba lejos de su alcance.

* * *

Curtis se dirigió por señas a Dukar, que tanteaba los mandos, satisfecho. Le señaló la descubierta parte superior, que antes cubría la transparente plancha incendiada; luego, señaló la propia escafandra que le cubría.

Dukar pareció comprender. Desconectó los finos tubos de los generadores de atmósfera y se desprendió de la escafandra ante el asombro de Curtis. A continuación hizo lo propio con éste.

—¿No será peligroso ir al descubierto durante el vuelo? — preguntó Curtis tan pronto pudo hablar.

—No lo estamos. Vamos defendidos por la coraza de ondas para casos de emergencia.

Efectivamente, Curtis no encontró ninguna dificultad para respirar. Dukar, de vez en cuando, le miraba de soslayo. Extrajo dos capuchones espectroscópicos y entregó uno a Curtis mientras él se colocaba el otro. Cuando lo hubo hecho, solicitó de éste:

—¿Me dejas ver una de tus manos, hombre de Fall?

Se despojó Curtis de un guante y acercó la mano al kraniano. Éste la miró cuidadosamente, y, luego, dejando una de las suyas al descubierto, estuvo comparándolas. Junto a la nívea epidermis kraniana aún resaltaba más el color moreno de la nervuda del terrícola.

Al terminar el examen, Dukar musitó como para sí mismo:

—¡Ha resistido al rayo dorado de Takell...!

Curtis no replicó nada. No dijo a Dukar que tal vez la pigmentación terrícola estaba constituida para resistir las radiaciones solares con la intensidad que eran recibidas, dadas las distancias y enfoques que separaban la Tierra del Sol. Y no entró en estas

explicaciones, sencillamente, porque ante ellos aparecía un inmenso globo azulado que iba agrandándose de una forma alarmante.

—Djavar —anunció Dukar, al notar el interés de su compañero.

¡Djavar! ¡El más atrasado satélite de Kran! El que había sido ocupado por aquellos seres de Takell de los que habían escapado. Y ahora, Dukar, pese a los peligros arrostrados, pese a conocer la eficacia de los rayos magnéticos de los takellanos, dirigía la astronave hacia Djavar para realzar un vuelo de exploración, fiel a las órdenes de su «terk».

El gran satélite desapareció repentinamente de la vista, y la astronave sufrió una desviación. Curtis se colocó en la claraboya transparente inferior y observó la superficie de Djavar. Grandes extensiones grises denunciaban la naturaleza rocosa del terreno. Algunos espacios aparecían poblados de vegetación, pero tanto unos como otros estaban rodeados totalmente por extensas llanuras parduscas y uniformes.

Reflejados en la pantalla aparecían los espacios sobre los cuales volaban. Dukar llamó su atención:

—Mira, hombre de Fall.

En una gran extensión gris se veía la aglomeración de numerosos edificios cuadrados. Eran tantos y tan simétricamente colocados que Curtis no dudó se hallaban volando sobre una populosa ciudad.

—Han recibido refuerzos de soldados y material. Mira las bases.

Curtis no pudo descubrirlas, aún esforzando la vista. Así lo comunicó a Dukar. Éste le indicó unas líneas negras, en forma de estrechos fragmentos de círculo, que se multiplicaban por toda la extensión.

—Los hombres de Takell construyen bases subterráneas para sus astronaves. Poseen instrumentos que horadan las duras rocas con gran facilidad, e, incluso en Takell, las más grandes ciudades son subterráneas. Ellos poseen instalaciones para aprovechar la energía central de su planeta.

La astronave describía un amplio círculo contorneando el lugar en que se hallaba enclavada la ciudad. Curtis volvió al observatorio inferior.

Una formación numerosa de puntos azules luminosos cruzó a una distancia intermedia entre Curtis y la ciudad. Éste dio un respingo y volvió a mirar, pero ya la formación había desaparecido. Otra más entró en su campo de visión. Era más nutrida aún que la primera y volaba mucho más abajo en la misma dirección. Curtis la siguió con la vista en su raudo vuelo.

De pronto... ¡Sí! ¡No había duda! Aquellas formas de las astronaves, aquella formación semicircular abrazando un ángulo en punta... ¡¡eran kranianas!!

Dio un grito, llamando la atención de Dukar. De un salto estuvo junto al piloto. Febrilmente, situó en la pantalla el espacio ocupado por la formación, para que éste pudiera observarla.

—¡Son kranianos, Dukar! ¡La flota de Verkon ataca a Djavar!

El oficial verde quedó unos segundos fijo en la pantalla. Se desprendió de los anteojos y continuó mirando sin hablar. Otra formación cruzó por la pantalla. En la ciudad, mientras tanto, no parecían darse cuenta del paso de la numerosa flota aérea.

—¡La onda azul! —exclamó lentamente Dukar—. ¡Las astronaves van envueltas en la onda azul! ¡¡Son invisibles para los hombres de Takell!!

Señaló el rumbo de la astronave y dejó su dirección a las ondas. Parecía aturdido por el estupor. Indicó a Curtis el observatorio inferior, y ambos quedaron mirando hacia abajo.

Las distintas formaciones, visibles sólo por los luminosos puntos azules, iban tomando tierra formando un amplio círculo en torno a la ciudad y sus instalaciones, cuyos habitantes continuaban sin duda ajenos a la amenaza que se cernía sobre ellos.

—El «terk» Verkon cuenta con elementos nuevos de ataque. Nunca habían podido nuestros científicos aislar la onda azul de las

centrales de energía, para operar con ellas a distancia.

Un rápido pensamiento cruzó la mente de Curtis. ¿Sería Martin, su amigo, el que había conseguido aquel portento? ¿Habría bastado tan poco tiempo para que el joven catedrático de Física Nuclear consiguiera resultados en los que fracasaron los científicos de Kran, de conocimientos mucho más avanzados? Cada vez se incrustaba esta idea en su cerebro con más firmeza. ¡Eso era! Martin había sido trasladado a la «Ciudad de la Energía», de Tond, y allí, el terrícola, consiguiendo nivelarse a los kranianos en el conocimiento de las ondas, los había superado. ¡Así debió ocurrir!

—¡Bravo, Martin! —gritó, sin darse cuenta, y Dukar le miró, sorprendido.

Durante este tiempo, todas las astronaves habían quedado situadas en los puntos que tuvieran señalados. Curtis no podía soportar la tensión nerviosa que le dominaba, ansiando hallarse en la superficie de Djavar.

—Desciende, Dukar —pidió al kraniano—. Intenta tomar tierra en un punto cercano a la retaguardia de nuestras formaciones, evitando te descubran desde la ciudad.

Dukar, sin comentarios, ocupó el puesto de mando de la nave. Ésta trazó una amplia curva en el espacio, alejándose de la ciudad y descendiendo vertiginosamente.

CAPÍTULO IX

Los «Tondus» Anfibios

Una extensa llanura pedregosa, circundada por promontorios de grises rocas, fue el lugar en el que se hallaron los expedicionarios al descender de la astronave. Por entre las piedras crecía una raquítica vegetación de tallos horizontales, que, cubriendo la llanura, le daba el color gris verdoso que ya observara Curtis desde la altura.

Dejando la astronave suspendida a escasa altura, sostenida por las ondas repelentes, Curtis y Dukar graduaron la fuerza magnética

del calzado y se encaminaron hacia un paso que parecía practicable entre los rocosos promontorios. Iban desprovistos de los «skrons», que quedaron en poder de los hombres de Takell que ocupaban el planetoide en que fueron capturados.

La marcha resultaba dificultosa al tener que caminar por sobre las agudas aristas de pedruscos vitrificados. Confiados en el rápido regreso a la astronave, los expedicionarios no se habían preocupado de proveerse de «concentraciones vitales» y sólo iban dotados con los proyectores pendientes de los cinturones.

Con la rapidez característica en los satélites de Kran, a la claridad solar habían sucedido las tinieblas nocturnas, y entonces la marcha se convirtió verdaderamente en un fatigoso esfuerzo. Resbalaban frecuentemente en las pulidas superficies rocosas, originándose caídas que, gracias a la escasa violencia con que se producían, no causaban terribles desgarraduras.

Al fin, tras un incesante y duro caminar entre tinieblas, y cuando un débil reflejo anunciaba la nueva salida del lejano Djon, penetraron en el paso que ellos suponían les haría desembocar en la retaguardia de la formación kraniana.

Aún les aguardaba una desagradable sorpresa. La extensión parduzca y uniforme, que pudieron observar desde aquel punto, lo rodeaba todo, sin dejar paso alguno practicable, pues aquella masa que formaba las dos terceras partes del satélite estaba constituida por una materia de color pardo, gelatinosa. Habían venido a tomar tierra, precisamente en una isla de Djavar.

La extraña sustancia que la rodeaba no era líquida, tal y como Curtis lo concebía, sino una materia espesa, algodonosa, sin movimiento alguno aparente. Intrigado por su aspecto, Curtis detuvo a Dukar que ya emprendía el regreso.

—¿Qué es eso, Dukar?

—¿No lo sabes?

El rostro del kraniano mostraba una leve inquietud.

—Volvamos a la astronave —apremió—. Éste es el elemento en que viven los «tondus», primitivos habitantes de Djavar. Son peligrosos.

—Pero ¿de qué está compuesta esa masa? —insistió Curtis señalando la vasta extensión.

Sin contestar directamente, el kraniano habló con rapidez. Evidentemente deseaba alejarse de aquellos lugares.

—Eso entra en los primeros conocimientos que adquirimos cuando jóvenes. Nuestros más antiguos científicos dejaron indicaciones de que una masa gaseosa había quedado atraída por la fuerza de atracción de Kran. Otras muchas generaciones de científicos fueron observando las alteraciones de aquella masa, y los actuales dan la explicación. El globo de gases, a medida que se solidificaba, adquiría luminosidad irradiando calor en la superficie de Kran, que fue cubriéndose de una débil vegetación raquítica en aquellos lugares que siempre fueron estériles. Más adelante se tornó en opaca, sufriendo frecuentes explosiones ígneas, cuyos trozos incandescentes caían en Kran. Lentamente, fueron desapareciendo aquellas explosiones, y, en su lugar la superficie de Djavar sufría alteraciones debidas a violentos temblores subterráneos, que eran observados atentamente por los científicos kranianos.

Curtis escuchaba, interesado, las explicaciones de Dukar. En aquel momento, el pálido reflejo del Sol bañaba la superficie pardusca, que despedía irisados destellos. El kraniano prosiguió:

—Cuando la superficie pareció entrar en calma, los hombres de Kran decidieron explorarla. Las primeras expediciones no regresaron. Otros intentos posteriores también fracasaron. Hasta que, mucho más adelante, un valeroso «terk» de las Fuerzas Exploradoras consiguió tomar tierra en el satélite. Regresó, así como algunos de sus hombres, cubierto por horribles quemaduras, producidas, según dijo, al atravesar la espesa capa de emanaciones gaseosas que brotaban de Djavar y que hacían ponerse incandescentes los metálicos trajes y los instrumentos de la nave. Consiguió traer, en un recipiente, parte de

esa materia pardusca que puedes contemplar y que, analizada meticulosamente, dio el conocimiento a los científicos de Kran de que estaba compuesta por partículas vitales de energía, en tal cantidad e intensidad que de ella se formarían cuerpos distintos dotados de vida propia en el transcurso de las luces y las sombras. Las emanaciones se emplean actualmente en Kran con el nombre de «lark».

Curtis fue acercándose a la orilla, lentamente, pese a las advertencias de Dukar. Inclinándose, intentó tocar aquella sustancia; era fuertemente adhesiva, pastosa, y, sin embargo, daba la absoluta sensación de sumergir la mano en espuma.

El kraniano, mientras Curtis ejecutaba esta operación, había adoptado una tensa actitud de alerta, empuñando la pistola de ondas cortantes.

—¡Cuidado, hombre de Fall! —le advirtió—. Los «tondus» son rápidos. Volvamos a la astronave.

Sacudiendo fuertemente el brazo, Curtis desprendió la mano de la pegajosa materia. Antes de iniciar el regreso, preguntó:

—¿Quiénes son los «tondus»?

—Al comenzar a aparecer partes sólidas en Djavar, éstas se poblaron con signos de vida vegetal. Muy posteriormente, fueron vistas unas rudimentarias manifestaciones de vida animal. Ésos son los «tondus»...

Un veloz zumbido cortó el aire, y algo parecido a una maroma se enroscó violentamente al cuello y pecho de Dukar, que cayó violentamente al suelo, lanzando un estrangulado grito.

Antes de darle tiempo a Curtis para volverse, uno de aquellos lazos se enrolló a su cuerpo, mientras otro le inmovilizaba las piernas. Perdió el equilibrio al par que se notaba arrastrado lentamente hacia el gelatinoso líquido.

El estupor le había paralizado. Rápidamente reaccionó y trató de empuñar alguno de los proyectores, sin conseguirlo. El cuerpo de Dukar era arrastrado junto a él. El lazo que lo aprisionaba era de color

verdoso, con la blanda consistencia de un tentáculo. Aún empuñaba el kraniano la pistola de ondas cortantes, que no pudo utilizar por haberle quedado aprisionado el brazo.

Sujetándose fuertemente a una arista, Curtis consiguió detener unos segundos el deslizamiento y, realizando un regular esfuerzo, trató de incorporarse. Los tirones de los invisibles enemigos arreciaron. Al fin consiguió ponerse en pie y volverse hacia el lugar de donde arrojaron los lazos. Éstos se hundían, tensos, en el líquido, sin que pudiera verse ser alguno.

El kraniano estaba ya en contacto con la pegajosa masa, y sus violentos movimientos de piernas indicaban el terror que le dominaba. Curtis actuó como un rayo. Sendos tajos de las ondas cortantes le libertaron de las ataduras, aunque los trozos quedaron adheridos al cuerpo y las piernas, pero sin ofrecer resistencia. Llegó a tiempo de asir una pierna de Dukar cuando el torso de éste se encontraba sumergido en la pastosa mezcla. Lo atrajo hacia sí con ímpetu, pero desistió de continuar el esfuerzo temiendo estrangularlo, pues recordó que el tentáculo lo tenía enrollado al cuello.

Penetró en el líquido hasta que le cubrió la cintura, y, sumergiendo un brazo, prendió al kraniano por el cinturón, lanzando entretanto ráfagas de ondas en dirección al lugar de donde salía el tentáculo. Las líneas trazadas por las ondas producían una rápida ebullición en el líquido, y una de ellas consiguió cercenar el tentáculo que aprisionaba a Dukar. Arrastrando con todas sus fuerzas el cuerpo de éste hacia la orilla, Curtis avanzaba lentamente; parecía que aquel líquido ejercía una gran fuerza de atracción. En aquella masa, la centuplicada fuerza del terrícola resultaba nula.

Oscuras formas semi-sumergidas, moviéndose con asombrosa facilidad en el extraño elemento, se notaban próximas a ellos. Buen número de tentáculos brotó de aquella dirección, yendo hacia Curtis y Dukar con la rapidez de látigos restallantes. Algunos hicieron presa, pero fueron cercenados prontamente por las ráfagas de ondas. Dukar parecía haberse repuesto, y, aun cuando estaba totalmente envuelto por aquella gelatina, se movía con relativa facilidad. Retrocedieron, sin

volverse, mientras disparaban continuadamente hacia las confusas formas.

Cuando hubieron retrocedido una distancia suficiente como para hallarse a salvo de los ataques de los enigmáticos seres, se volvieron para emprender una rápida carrera hacia la astronave.

Las primeras y rápidas sombras de la breve noche djavariana comenzaban a extenderse, pero aún había suficiente claridad para que ambos expedicionarios quedaran inmóviles ante lo que descubrieron.

Toda la extensión que podían divisar, hasta el lejano lugar en que se hallaba la astronave, aparecía poblada por una estremecedora horda de horripilantes seres, los que, ayudándose con los golpes de una extraña prolongación dorsal, a manera de rabo y bordeada por una ancha membrana cartilaginosa, avanzaban hacia ellos a grandes saltos.

Sin pensarlo un segundo, Curtis arrastró al kraniano hacia un promontorio cercano, al que ascendieron sin saber cómo. Una vez en lo alto, volvieron a observar el avance de aquellos monstruos.

De la masa gelatinosa salían continuamente horrendas formas, que iban uniéndose a las que se hallaban en la llanura. Algunas de ellas saltaban con agilidad insospechada en la superficie del pegajoso líquido. Con toda certeza, éste no se adhería en sus cuerpos.

El hombre de Fall y el de Kran decidieron defender rabiosamente sus vidas. Lanzaron las ráfagas cortantes, las cuales causaron grandes estragos al principio, pero, advertidos del peligro, los «tondus» quedaron a una prudente distancia.

Antes de que la noche lo envolviera todo en sus tinieblas, pudieron observar desde su puesto con quienes se las habían.

Los «tondus» poseían una estatura algo menor que la de los kranianos. Eran de color gris oscuro, y la cabeza parecía incrustada entre los hombros. En la parte superior de la achatada cabeza, o sea en el lugar del cráneo, dos prominencias óseas servían de órbitas a

los grandes y sobresalientes ojos desprovistos de párpados, los cuales giraban velozmente. La aplastada cabeza, además de los ojos, sólo presentaba la fina línea de la boca, que al ser abierta parecía hendirla en su mitad. Los brazos, extremadamente cortos, y las piernas, eran delgadas y flexibles, terminados en largos y lisos dedos unidos entre sí por membranas. En el lugar del pecho, aparecían, estrechamente enrollados, dos de aquellos tentáculos que manejaban a manera de lazos. Y la cola, eréctil cuando estaban detenidos, tenía como centro la potente prolongación dorsal rodeada por cartilaginosa membrana. En conjunto, el aspecto de la cola recordaba vagamente la hoja del plátano.

Las sombras nocturnas cubrieron totalmente aquel hemisferio de Djavar, y los expedicionarios se encontraron aislados en el perdido promontorio, rodeados por los innumerables puntos fosfóricos que irradiaban las pupilas de la horda de «tondus», los anfibios habitantes del satélite.

CAPÍTULOX

El científico de Fall

En otro lugar de Djavar se encontraba Martin. Envuelto en la coraza flotante, que esta vez era visible por una luminosa emanación azul, volaba a escasa distancia del pedregoso suelo, junto al «terk» Verkon, que recorría las formaciones kranianas dispuestas a lanzarse, en un atrevido golpe de mano, contra las instalaciones de los hombres de Takell que ocupaban Djavar.

Las astronaves, así como todos los kranianos, estaban también rodeadas por la azul envoltura lumínica. El gran cerco kraniano rodeaba totalmente el emplazamiento de la ciudad takellana, resguardados al socaire de la circular cadena de bajas colinas que la rodeaba.

—El resultado será fulminante —comentó Verkon—. Tan pronto avance la primera sombra, caeremos sobre los hombres de Takell inesperadamente. Gracias a ti, científico de Fall, no somos visibles

para los takellanos.

Martin no respondió. Llegaron a una explanada en la que estaban congregados los oficiales «verdes» de la Flota Ofensiva. Verkon se colocó frente a ellos.

Resultaba fantástica y alucinante aquella reunión de seres suspendidos en el aire y rodeados por la envoltura azul. El «terk» se dirigió a ellos como en una arenga, pero su voz era extrañamente reposada:

—Kranianos: por los conocimientos de un científico de Fall podemos utilizar la «onda azul» en nuestros «skrons» y astronaves. Ello demuestra que el pacífico conocimiento de los seres de otros mundos puede aportar ventajas en común. Cuando llegue la próxima sombra, caeremos sobre la ciudad que se halla tras estas colinas. No seremos visibles para las pupilas de los hombres de Takell, ciegas para las radiaciones de la onda azul. Pero no por ello serán exterminados; sólo utilizaremos el «rayo verde» paralizante. Confío en vuestra obediencia.

Simultáneamente, los oficiales extendieron el brazo en señal de promesa kraniana. No se oyó un murmullo ni una sola voz en aquel numeroso grupo.

A continuación, Verkon dictó órdenes a los oficiales, señalando a cada grupo los puntos de ocupación.

Martin se sentía invadido por una extraña inquietud. Durante el tiempo que permaneció en la «Ciudad de la Energía», en el satélite Tond, no había tenido noticias de su compañero Curtis. Se hallaba preso de un desasosiego inexplicable, al verse mezclado en los problemas de aquel extraño mundo. Deseaba vehementemente hallarse junto a Curtis y cambiar con él «humanas» impresiones.

El tiempo transcurrido en Tond -¿semanas? ¿meses? ¿años?- le había servido para ser instruido por el «terk» Kein en los prodigiosos adelantos kranianos en el campo de aprovechamiento de las energías naturales. Fuerzas inconcebibles habían sido condensadas en los satélites y en el propio Kran, cuyas fuerzas generaban a su vez otras

energías distintas, utilizadas en diversas aplicaciones. Toda la teoría físico-nuclear de bombardeos electrónicos había sido aplicada en metales desconocidos en la Tierra, y el resultado de las energías originadas era realmente espeluznante.

Martin había conseguido aislar una radiación solar, ignorada por los terrícolas, valiéndose de los potentes condensadores espectroscópicos instalados en Tond. Proyectándola sobre un metal parecido al «litio», sólo que con cuatro protones en su núcleo en lugar de tres, comprobó que obtenía una radiación azul más potente aún que la obtenida por los científicos kranianos. Una ínfima cantidad de este metal, junto con una pequeña concentración de energía aislada, pudo ser colocada en los «skrons» y en las astronaves, consiguiendo que de éstos emanaran ondas azules al ser proyectada la radiación sobre el metal. Y ahora iba a efectuarse el primer experimento en serio.

Al iniciarse las primeras sombras, la expedición emprendió el vuelo rasante hacia el objetivo. Escaso número de kranianos quedó custodiando las astronaves. Cuando divisaron la ciudad, aceleraron el ritmo de las ondas impulsoras y pronto se hallaron flotando sobre las edificaciones.

Con una efectividad matemática, cada grupo descendió hacia el lugar designado, y, a los pocos instantes, la oscuridad nocturna se vio surcada por las rápidas ráfagas de rayos verdes.

Fue todo tan perfecto; tan asombrosa y eficazmente realizado, que, antes de que Verkon y Martin llegasen a tierra, estaban ocupados sin lucha todos los puntos señalados. Algunas patrullas volantes perseguían a los escasos takellanos que huían, aterrorizados ante aquel fulminante ataque de un invisible enemigo que los paralizaba con sus haces de rayos.

El jefe de aquellas fuerzas vencidas aparecía entre un grupo de oficiales, envuelto en una coraza flotante dirigida por un oficial «verde». Verkon, seguido por Martin, se acercó a él. Los gargarizantes sonidos que brotaron de la boca del kraniano

asombraron profundamente a Martin. Pero aún le asombraron más, y después le divirtieron, los rápidos giros de la cabeza del desconcertante y desconcertado takellano, intentando ver al que le hablaba, al cual no podían distinguir sus pupilas.

A una orden del «terk», una vez tuvo noticias de que toda la ciudad estaba controlada por los kranianos, se despojaron todos de la envoltura azul y aún de las corazas. Verkon hizo una señal, y el grupo que conducía al jefe takellano le siguió. Martin caminaba junto a él.

Penetraron en uno de los edificios, el cual no tenía otra misión que cubrir el orificio de entrada a un recinto socavado en el suelo rocoso. Este recinto era amplio y grandes bloques pétreos lo rodeaban, tallados en forma de asientos. Al interior lo iluminaba la luz rosada utilizada por los hombres de Takell.

Verkon se sentó en uno de los asientos y sostuvo con el takellano una breve conversación, al final de la cual, dijo, dirigiéndose a los demás en lenguaje kraniano:

—El «terk» de Takell saldrá con sus soldados una vez cesen los efectos del rayo verde. Tripularán varias astronaves, únicamente las necesarias para darles cabida a todos ellos; el resto de las astronaves quedarán en Djavar. Ha prometido solicitar del Kon-Dad de Takell nos preste ayuda para rendir a Kran, advertido de que sólo eliminando a nuestro actual Kon-Dad podremos vivir pacíficamente.

Quedó un momento silencioso, y después llamó:

—¡Stengol!

El oficial llamado avanzó hacia el «terk».

—Dispón lo necesario para cumplir mis órdenes.

Stengol salió presurosamente, obediente a la indicación.

* * *

Mientras el «terk» Verkon organizaba con sus oficiales la salida de los vencidos hacia el planeta Takell, el joven Martin decidió efectuar un rápido reconocimiento de las cercanías. Junto con tres

oficiales «verdes», y una vez advertido Verkon de su intento, se preparó para partir tan pronto las primeras claridades se anunciaran.

Un halo rosado, más bien rojizo, dio una breve pincelada de luz en el horizonte, y, a una indicación de Martin, la pequeña expedición partió en vuelo bajo, coronando las bajas prominencias rocosas que lanzaban reflejos policromos heridas por los rayos del lejano Djon.

Una vez atravesaron la estrecha cadena montañosa, Martin descubrió que las laderas descendían en brusco declive hacia una extensión cubierta de una extraña masa algodonosa de color parduzco. Nivelando el vuelo con el de uno de los oficiales, señaló Martin hacia abajo, en muda pregunta. El oficial le dijo:

—Es el elemento en el cual viven los «tondus».

Martin pulsó en el «skron» el resorte para volar a menor altura. Al iniciar el descenso, fue advertido:

—¡Cuidado, científico de Fall! Los «tondus» son peligrosos; pueden derribarte.

Intrigado Martin y deseoso de conocer algunos detalles más concretos sobre aquellos extraños «tondus», se elevó nuevamente hasta colocarse junto al oficial. La formación volaba en línea, separados unos de otros por unas ocho yardas.

—¿Qué son los «tondus»? —preguntó al oficial.

Éste maniobró para colocarse más próximo y le señaló la distante orilla, de la que partía una suave pendiente que culminaba en una franja rocosa parecida a un anfiteatro.

—Desde esa altura tal vez puedas ver alguno. ¡Mira! ¡Un «tondu»!

La mano del oficial señalaba hacia la pendiente. Deslizándose por ella trabajosamente, Martin vio un ser extraño que se ayudaba en su marcha con una larga cola. Sus movimientos eran lentos, deslizantes; daban la impresión de que aquel ser estaba exhausto. Una de las veces, su aplastada cabeza de reptil se alzó mirando a los aéreos viajeros, y, presa de temor, aceleró los movimientos hasta penetrar en

el líquido, donde desapareció.

—Está enfermo o herido —explicó el oficial—. Los «tondus» son rápidos en sus movimientos y avanzan a grandes saltos. Algo debe ocurrirle.

Imprimieron velocidad a las ondas y pronto estaban volando sobre la eminencia rocosa. Iban a descender para tomar tierra, cuando otro de los oficiales lanzó un grito de aviso; inmediatamente se elevaron, y entonces pudieron contemplar lo que motivó la llamada de atención. El pedregoso espacio que tenían bajo ellos y que resultó ser una pequeña isla en aquel enigmático mar, estaba poblado por numerosísimos grupos de «tondus», que parecían centrar su atención en un promontorio alejado de los expedicionarios.

Martin estaba pasmado ante el espectáculo de aquella horda grisácea de seres monstruosos. Uno de los componentes de la expedición descendió rápidamente, alejándose al par que gritaba:

—¡Una astronave!

Tras un instante de estupor, Martin se lanzó tras él, seguido por los otros. Pero, a medio camino, le aguardaba una sorpresa inesperada. La gran horda de «tondus» parecía empeñada en arrastrar algo sujeto en sus tentáculos pectorales. Martin realizó unos giros sobre ellos, a discreta altura, para evitar los latigazos tentaculares que le dirigían los raros individuos.

Y de pronto... ¡por cien mil satélites artificiales! ¡¡Curtis!! ¡Su amigo Curtis, impotente ante aquella masa gelatinosa, de la que no podía desprenderse a pesar de sus desesperados esfuerzos!

El «skron» de Martin vomitó continuadas y veloces ráfagas de «rayo iris», que volatilizaban a aquellas repugnantes bestias. Pronto fue secundado en su empeño por los restantes componentes del grupo.

Los «tondus», sorprendidos por el repentino y mortífero ataque, abandonaron su presa, alejándose a grandes saltos de sus potentes colas. Continuaron la persecución los tres oficiales, hasta que el último

«tondu» se sumergió en la masa semilíquida. Sobre el terreno sólo quedaron los mutilados cuerpos de un gran número de bestias, rodeando el promontorio, y que habían sido alcanzadas por las ondas cortantes de Curtis y Dukar.

Martin se inclinó junto al norteamericano. Ayudó a desprenderle las repugnantes piltrafas que aún seguían adheridas a su cuerpo, y le preguntó con ansiedad:

—¿Te encuentras bien, Curtis?

—¿Y Dukar? —preguntó éste a su vez.

—Se encuentra perfectamente —respondió Martin, al ver al kraniano intentando incorporarse ayudado por sus compañeros.

Curtis quedó silencioso. Al cabo, frotándose la superpoblada barba y alzándose ágilmente quedó frente a Martin, también incorporado.

—¿Sabes, amigo —dijo Curtis en tono jocoso—, que con ese pelo y esas barbas tienes un aspecto más feroz que los «tondus»?

Y sus blancos dientes se mostraron en una ancha sonrisa.

Ambos amigos se abrazaron en un cordial y efusivo abrazo. Ni una palabra más sobre el salvamento; ni una frase inútil de agradecimiento. ¿Para qué? En aquel remoto mundo, aquellos hombres sabían que sólo unidos estrecha y lealmente podrían sobrevivir. Los cálidos impulsos internos de amistad indestructible que ellos sentían intensamente, tenían más fuerza y permanencia que cualquier frase vulgar.

Se dirigieron todos al lugar en que se hallaba la astronave. No había sufrido daño alguno, pues los «tondus» no pudieron llegar a ella.

Los dos terrícolas, junto a Dukar que iba a pilotarla, ocuparon su interior, y escoltados por los tres oficiales, tomaron rumbo en dirección al campamento de Verkon, a una moderada velocidad.

Durante el trayecto, tuvieron tiempo ambos para ponerse en

antecedentes de lo ocurrido a uno y otro.

CAPÍTULO XI

Los designios del Kon-Dad

Ni el Kon-Dad ni los soldados que aún le permanecían fieles habían dado en el transcurso de este tiempo señal alguna de hallarse inquietos por la rebelión capitaneada por el «terk» Verkon.

Habían soportado los cortes de suministro de energía, alimentos, y, posteriormente, de artefactos, con el estoicismo de seres acostumbrados a las alternativas bélicas, pero sin demostración notable de que les inquietaran tales medidas.

Al principio de las hostilidades habían sido anulados los túneles de ondas que ponían a los satélites en comunicación con las capas atmosféricas superiores del planeta central, y que constituían seguras vías de enlace entre unos y otros. Únicamente mantenían contacto con Psul, el satélite ocupado por mujeres y jóvenes de Kran, y contra el que Verkon no había intentado ninguna hostilidad.

El «terk» Ding, de las Fuerzas Exploradoras, había sido erigido en jefe supremo militar de todas las Fuerzas de Kran, bajo las órdenes directas del propio Kon-Dad y sus consejeros científicos.

Se había ordenado trasladar a Kran, desde Psul, a todos los jóvenes medianamente instruidos en el manejo de instrumentos bélicos, para reforzar al planeta contra probables ataques.

Aún conservaban, en los secretos depósitos subterráneos, suficiente cantidad de energía, concentraciones vitales y elementos de construcción para resistir un tiempo indefinido. La legión de hombres «blancos» que manejaban estos potentes elementos en el subsuelo de Kran, eran de probada fidelidad al Kon-Dad, y estaban dirigidos por unos científicos de los de más indudable lealtad al «Gran Saber».

Sin embargo, bajo aquella calma aparente, el Kon-Dad maduraba sus planes para el aniquilamiento de Verkon.

Una escuadra aérea, respetablemente numerosa, se encontraba dispuesta para emprender vuelos de hostigamiento, más el Kon-Dad había querido primero dotarlas de un arma ofensiva que no fuera conocida por los rebeldes.

Los científicos especializados en esta materia habían experimentado, durante incontables luces y sombras, distintos procedimientos, hasta que, por último, hallaron algo que pareció satisfacer plenamente al Kon-Dad. Se trataba de unas potentes ondas que, lanzadas al espacio, envolverían la astronave hacia la que fueran dirigidas, rodeándola como en una invisible bobina cuyo núcleo metálico fuese la propia aeronave capturada. Luego, dotando a estas ondas magnéticas de una alta saturación de energía solar, originarían en el interior de la bobina tal campo de fuerzas entrecruzadas en todas direcciones, que el metal más resistente se pondría incandescente, hasta licuarse por fusión.

Con una rapidez sólo comprensible conociendo los adelantos técnicos de aquellos fenomenales cerebros, pronto construyeron suficiente número de generadores que fueron acoplados a las astronaves, así como situados, los de más potencia en la periferia de la ciudad, como defensa.

El «terk» Ding contaba con desplazarse al mando de aquella primera expedición ofensiva. Algo, empero, obstaculizó su plan.

Hallándose en su cámara, mostrando a un grupo de veteranos oficiales algunas proyecciones en relieve del satélite Min, señalado como primer objetivo por ser el cuartel general de Verkon, el emisor de ondas exploradoras señaló en su pequeña pantalla la aproximación de una flota aérea. Inmediatamente, los aparatos de alarma enviaron por todos los aposentos de Kran el intermitente parpadeo de sus ondas luminosas. Todos los puestos defensivos se cubrieron rápidamente por sus servidores, dispuestos a repeler el ataque, utilizando la nueva arma, además de las conocidas.

La formación que apareció en la pantalla de onda-visión del «terk» no adoptaba ninguno de los conocidos sistemas de ataque.

Avanzaban en línea inclinada, y, aunque parecían muy juntas, la distancia que las separaba debía ser considerable.

El «terk» Ding quedó perplejo un instante antes de dar la orden de combate. La novedad del ataque hizo tambalear por unos segundos la avalancha de rápidas órdenes que tenía preparadas, para dirigirlas según la táctica empleada por el atacante. Pero aquello no respondía a ninguna de las conocidas. Centró en la pantalla la vanguardia enemiga y la contempló fijamente. Aquellos segundos perdidos fueron fatales.

Rauda, como lluvia de bólidos, la primera veintena de aparatos descendió hacia Kran dejando una estela verde en el espacio. Resonando sordamente, hasta la herméticamente cerrada habitación del «terk» Ding llegó el estruendo de los impactos que se sucedieron en fracciones de segundo.

Cambiando el punto de visión, Ding hizo aparecer en la pantalla una panorámica de la ciudad. El efecto del primer ataque resultaba aterrador. Varias avenidas aún lanzaban las doradas llamaradas producidas por la explosión de los impactos y el edificio destinado a las Fuerzas de Energías no era más que un montón informe de ígneas ruinas.

Por primera vez en su vida, al «terk» Ding le invadió una súbita y extraña sensación de angustia e impotencia. Giró nuevamente la dirección de las ondas y en la pantalla se reflejó la segunda formación.

—¡Empleen las armas! —gritó Ding ante la pantalla—. ¡Frenen el segundo ataque!

Como por encanto, el espacio fue iluminado por los potentes haces de luz blanca, al tiempo que se entrecruzaban las líneas luminosas de los rayos iris buscando sus presas. Entretanto, las invisibles serpientes de las nuevas ondas envolvían las astronaves en su abrazo exterminador.

Tras unos segundos, y como obedeciendo a un mando automático, el cielo se iluminó con una docena de maravillosos fogonazos que surgieron de los lugares en que volaban otras

astronaves. Surtidores de oro líquido incandescente parecieron descender con lentitud. Simultáneamente, otros fogonazos blancos anunciaron que los rayos iris también cumplían su cometido Al extinguirse la última llamarada, se extinguía también, por exterminio, la segunda formación de Min.

El grueso de la flota atacante abandonó el lugar de la lucha, evidentemente sorprendidos por la fulmínea reacción de Kran.

Tan pronto cesó el rapidísimo ataque, el «terk» Ding fue llamado a presencia del Kon-Dad. Éste se encontraba en su aposento, rodeado por un grupo de científicos. La diabólica faz del «Sapientísimo» no dejaba entrever ningún signo de irritación o cólera; su aspecto era tranquilo y reposado.

Al penetrar Ding en la estancia y quedar frente a él en la humilde actitud de sumisión, el Kon-Dad le dirigió los «nangs» y fijó sus rasgadas pupilas en los ojos del «terk».

Algo atrozmente espantoso debió transmitirle, pues el «terk» azul no pudo evitar el mirar fugazmente a los silenciosos científicos, mientras su blanco rostro adquiría una extraña expresión de horrorizado asombro.

El Kon-Dad dejó de transmitir con los «nangs» y le habló en alta voz. Sus palabras producían el mismo efecto que un acero penetrando en las carnes:

—Sientes temor, Ding —el «terk» contrajo el rostro al escucharle —. El valeroso «terk» Ding siente temor ante «el gran fin»...

Últimamente la voz había adquirido un hiriente tono sarcástico.

—Es cierto, Kon-Dad —respondió Ding—; he sentido temor, no por mí. Serás obedecido. Confío en que el «terk» Verkon quiera evitarlo.

—¡No deseo escuchar más el nombre del traidor! —las palabras fueron dichas con firmeza pero en tono tranquilo—. Sólo cuando le vea retorciéndose ante mí, ciego y mutilado, creeré que me has obedecido. Pon en práctica mis órdenes tan pronto como la ciudad de

Min quede enfrentada a la emisión de Kran.

Un leve gesto de la mano del Kon-Dad, la cual quedó inmóvil, en el aire, pareció llenar la estancia con un interrogante y trágico signo mientras el «terk» Ding retrocedía de espaldas hasta que franqueó la puerta.

Cuando hubo salido, la mano del Kon-Dad bajó lentamente hasta quedar descansando en el cuadro de mandos próximo a él. Acarició lentamente los resortes, y, su maquiavélico gesto de satisfacción produjo un leve estremecimiento en los científicos, conocedores de su plan.

CAPÍTULO XII

La rendición de Verkon

Al regresar a Min las formaciones aéreas, después de su casi infructuosa incursión sobre el territorio de Kran, los oficiales que formaban parte en ella se dirigieron al puesto de mando del «terk» Verkon.

Junto a él se encontraba Martin. Cuando el grupo de oficiales penetró en la cámara, la mirada del «terk» buscó con presteza la alta figura que los capitaneaba, cubierta su cabeza por el capuchón-y los anteojos de vuelos estelares.

—Habla, hombre de Fall.

Los recién llegados fueron desprendiéndose de los capuchones, y, cuando todos estuvieron descubiertos, Curtis comenzó a hablar.

—Iniciamos el ataque según la táctica aprobada, «terk» Verkon. Las veinte primeras astronaves dirigidas causaron importantes destrozos en las instalaciones y destruyeron la base de las Fuerzas de Energías. Pero a la segunda formación no le dieron tiempo para actuar. Varias de ellas fueron deshechas por los rayos iris de largo alcance; pero la mayoría fueron convertidas en pavesas sin utilización aparente de ningún rayo. Decidimos regresar antes que exponernos a

un fracaso. No hubo ninguna baja en hombres.

Transcurrieron unos minutos en un denso silencio. El «terk» parecía meditar sobre lo dicho por Curtis. Tras este intervalo, preguntó a Martin:

—¿Cuál es tu opinión, científico de Fall?

Martin tardó algún tiempo en responder. También él había quedado sorprendido ante las explicaciones de su amigo. Algo grave debió ver éste para que hubiera regresado sin lanzar los dos centenares de astronaves que llevaba dispuestas.

—Creo, Verkon, que en Kran disponen de un arma de defensa desconocida para nosotros. ¿Dices —preguntó, dirigiéndose a Curtis— que las astronaves fueron convertidas en pavesas?

—No, exactamente; fueron fundidas en el espacio y cayeron como metal líquido.

—Fundidas... —repitió Martin, meditabundo.

—Volved a vuestros puestos y esperad órdenes —dijo Verkon a los oficiales, los cuales comenzaron a salir en silencio.

Cuando todos salieron y sólo quedaron en la habitación los dos terrícolas y el «terk», éste dijo:

—Es necesario conocer qué utilizan para conseguir esos efectos. Lo comunicaré a los científicos de Tond para que lo investiguen. Tal vez será necesario que te traslades al satélite para explicarlo, hombre de Fall.

Curtis asintió silenciosamente. El «terk» se dirigió a los mandos de la gran pantalla y ésta quedó iluminada. Lentamente, fue perfilándose la vaga visión de la «Ciudad de la Energía», con sus esféricas cúpulas sobre las que se extendía el gigantesco enrejado metálico sostenido por elevadas columnas espirales, mientras Verkon lanzaba los signos que identificaban a Min.

—Círculos rojos... Círculos rojos... Terk Verkon a Terk Kein... Círculos rojos... Min a Tond...

Antes de que pudiera escucharse la respuesta de Tond, una sucesión de anchas franjas negras cruzaron la pantalla, impidiendo la limpia visión. Llegaron a ser tan rápidas y continuadas, que Martin y Curtis hubieron de apartar la vista, herida por aquellos fugaces resplandores blancos y negros.

Todavía no clara, pero potente, resonó en la estancia una voz.

—¡¡Es Kran!! —exclamó el «terk», cambiando algunos mandos aceleradamente.

La pantalla quedó oscurecida, pero en su centro, con intensidad de tinta china, resaltaba un casquete esférico negrísimo.

—Estamos enfrentándonos al planeta central. Sólo así pueden comunicar —explicó el «terk».

Una limpia voz llegó hasta ellos a través del espacio.

—Líneas negras cruzadas... Terk Ding, de Kran... Negras cruzadas... Ding a Verkon...

Casi gritando, replicó Verkon ante la pantalla:

—Círculos rojos... Min a Kran... Círculos rojos... Terk Verkon a Terk Ding...

Siguió un anhelante silencio, hasta que de nuevo resonó la voz del «terk» azul:

—Atención Verkon... El Kon-Dad comunica te rindas sin condiciones... Contamos con fulminantes armas, según han podido comprobar tus oficiales... No tenéis esperanzas de vencer... Ríndete, Verkon...

Después de una larga pausa, en que, probablemente, esperaron respuesta de Verkon, la pantalla continuó emitiendo:

—El Kon-Dad no está dispuesto a rendir Kran... Antes lo destruirá... Posee el mando de los resortes que hacen estallar los depósitos subterráneos... Después de este aviso no hará otros... Ríndete, Verkon...

Pareció que un leve tono angustioso daba mayor vehemencia a la

voz de Ding. El «terk» Verkon respondió con calma, con una firmeza exenta de bravuconería, que causó admiración en los terrícolas:

—Es inútil Ding... Seguiré adelante hasta eliminar al Kon-Dad... Sólo así estaremos en paz... No te pido nos secundes por que sé de tu entereza... Mi respuesta al ultimátum es: ¡No...!

Quedó esperando por espacio de unos minutos, y cuando ya se disponía a cortar, resonó la precipitada voz de Ding:

—No cortes, Verkon... La decisión del Kon-Dad es firme... Es el Gran Fin... En la próxima sombra de Min destruirá los depósitos de concentraciones vitales... en la siguiente, los de construcciones, y por último, los de energías que mantienen la vida en Kran... ¡Lo hará! Tu sacrificio puede salvar a Kran de los proyectos de un loco.

Bruscamente, la comunicación quedó cortada. Aún así, los tres hombres permanecieron inmóviles como estatuas ante la muda pantalla, que no podía reflejar lo que estuviese ocurriendo en aquel otro lugar del espacio.

Todos sufrieron un sobresalto al escuchar un nuevo mensaje; la voz-del propio Kon-Dad hablaba:

—Traidor Verkon; el «terk» Ding ya no osará más conceptuar mis proyectos. Ha tenido el final que merecen los traidores... Si no te rindes sin condiciones, asistirás al «Gran Fin» en las sucesivas sombras, traidor Verkon...

Aquella vez sí quedó cortada definitivamente la comunicación. Verkon quedó ensimismado, presa de intensa lucha interior. Al cabo de un tiempo, pareció darse cuenta de que no se hallaba solo, y se dirigió a Martin y Curtis, con voz reposada.

—Amigos de Fall —les dijo—; el Kon-Dad es cruel y sanguinario y ejecutará su amenaza. Voy a partir solo hacia Kran, para evitar el «Gran Fin» previsto por los científicos.

—¡Morirás, Verkon! —exclamó Martin, con vehemencia.

—Lo sé, amigos. Como también sé que de esta forma salvo a Kran.

—¡Déjate de sentimentalismos, Verkon! —replicó Curtis—. ¡Lancemos un fulminante ataque con el grueso de la flota y aplastaremos a ese ridículo mequetrefe!

La serena mirada del «terk» quedó fija en el rostro de Curtis. Los kranianos no conocían la sonrisa, pero el corto y melodioso sonido que brotó de la garganta del «terk», bien podía equivaler a ella.

—Te supervaloras, hombre de Fall. Ese ridículo mequetrefe, Kon-Dad de Kran, tiene los resortes para destruirnos. No queda otra solución que entregarme.

Cortando con un gesto las protestas de los terrícolas, Verkon dirigió órdenes llamando a sus oficiales. Cuando todos se hallaron ante su presencia, ocupando totalmente la extensa cámara, el «terk» les habló con sencillez:

—Hemos fracasado. El Kon-Dad tiene en su poder los resortes que ocasionarían el «Gran Fin» de Kran. Iré a entregarme para evitarlo. El Kon-Dad accederá a perdonaros. El «terk» Verkon saluda por última vez a sus oficiales.

Tenía algo extrañamente solemne el intenso silencio que siguió a las palabras de Verkon. Todos los oficiales permanecieron en sus puestos sin moverse, sin dejar escapar un murmullo. Luego, siempre en silencio, uno de los más veteranos salió del grupo y quedó junto a su «terk»; extendió los brazos en cruz e inclinó la cabeza. Inmediatamente fue imitado por todos. ¡Aquellos hombres rendían al «terk» Verkon los honores de Kon-Dad!

Verkon avanzó gravemente hacia la salida, seguido por Curtis y Martin, a través del respetuoso camino que le hicieron sus hombres.

Y entonces, en la inmensa bóveda, resonó un ululante y melodioso sonido, que se multiplicó en intensidad al rebotar sus ecos. ¡Los hombres de Kran también sabían expresar su pena!

Aquel lamento intenso siguió a Verkon a lo largo de su camino. Cuando se halló en el exterior, el pequeño «terk» se envolvió en la coraza flotante y se lanzó en rápido vuelo hacia las plataformas

superiores. Curtis y Martin parecían formar su escolta.

Un soldado «verde» les saludó al llegar y situó una de las astronaves fuera de la formación. Verkon extendió la diestra a los dos amigos, en saludo terrícola, y les dijo:

—Gracias, leales amigos de Fall. Ocupad ahora una de las astronaves que tengan señalada la ruta hasta Fall, y marchad a vuestro mundo. El Kon-Dad querrá apresaros.

—Pero —protestó Martin—, ¿por qué no vienes con nosotros, Verkon?

—¿Adónde? ¿A Fall? —Un destello irónico brilló en los ojos del «terk».

—Sí, a Fall —intervino Curtis—, ¿por qué no? Vendrías conmigo y gozarías de paz.

—No es posible, impetuoso hombre de Fall —denegó el «terk»—. ¿Crees que podría habituarme en tu atrasado mundo?

Y Curtis no supo qué replicar. Las últimas sombras iban perdiéndose y comenzaba un nuevo día en Min. Al disponerse Verkon a situarse en la astronave, el «skron» captó un corto mensaje. El «terk» descendió y quedó mirando hacia el espacio.

Un grupo de cuatro kranianos cortaba raudamente el aire hasta que quedaron apoyados en la plataforma, próximos al «terk». Curtis y Martin se mostraron sorprendidos al reconocer entre ellos a un científico y a un soldado «azul» de Kran. Éstos, una vez despojados de las ondas flotantes, se acercaron a Verkon.

—«Terk» Verkon —dijo el científico, hablando rápidamente—; un gran peligro amenaza a Kran y sus satélites. Si la locura del Kon-Dad hace explotar los depósitos de energías acumuladas, los daños que puede ocasionar son incalculables, entre ellos la destrucción de Kran. Ni aún tu rendición podría hacerle desistir. Entre los científicos de Kran ha cundido el terror y se ha producido una defección entre ellos; unos han partido hacia Psul, otros a Tar o Taid... Algunos oficiales azules han intentado rebelarse y los han exterminado los

inconscientes partidarios del Kon-Dad. Nos amenaza el «gran fin».

* * *

Aquel corto día parecía ser eterno. Hasta que las primeras sombras nocturnas comenzaron a invadir el hemisferio en que se hallaba la ciudad de Min, un grupo de hombres silenciosos y expectantes permaneció junto a la gran pantalla de la cámara del «terk». Éste había desistido de entregarse ante la inutilidad del sacrificio, según le hizo comprender el científico llegado de Kran.

Permanecía en pie, frente al cuadro de mandos, esperando el momento oportuno en que Kran se hallase en situación para ser enfocado en las ondas-visión. Próximo a él se encontraban los terrícolas, más un grupo de oficiales y científicos de Min.

La expectación era enorme. En aquella sombra que se aproximaba, había anunciado el Kon-Dad la destrucción de las «concentraciones vitales» acumuladas en Kran, y a esta destrucción seguirían las otras. ¿Sería sólo una amenaza o efectivamente lo realizaría? ¿Cuál sería el resultado que originarían las enérgicas radiaciones condensadas? Una lejana esperanza de que no fuera llevado a efecto aquel diabólico proyecto, animaba aún al grupo allí congregado.

En la pantalla comenzó a reflejarse la moderada entrada de la inmensa mole negra de Kran. En sucesivas pulsaciones, el «terk» Verkon consiguió ir centrando las ondas hasta que el espacio fluorescente de la ciudad fue visible. Nada parecía alterar aquella tranquila soledad.

Insensiblemente, todos habían ido aproximándose a la pantalla, como deseosos de no perder ni uno solo de los espeluznantes detalles que podrían tal vez observarse en aquel lugar. Lentamente, con la lentitud de los hechos fatales esperados, la noche de Min transcurría. La gran tensión a que se hallaban sometidos aquellos seres seguía tan tensa como al principio.

Primero fue algo así como una línea de fuego que contorneara

una parte de la ciudad observada. Luego fue un enorme cráter ígneo, de forma cuadrangular y extraordinarias proporciones, el que surgió en el terreno kraniano, arrasando en su espantoso oleaje de fuego blanco casi un tercio de la ciudad sentenciada.

Un silencio de horror amordazó las bocas de los lejanos espectadores de la hecatombe. La gigantesca y densa nube blanca que se elevó, ocultó totalmente la visión del desastre.

—¡Lo ha cumplido! —murmuró, aún horrorizado, el «terk» Verkon.

Quedó como aturdido ante la evidencia de la catástrofe. Pero fue poco tiempo. Súbitamente reaccionó, y sus rápidas y secas órdenes fueron señal indudable de que estaba dispuesto a frenar la destrucción. Nuevamente volvió a ser el dinámico «terk» de las Fuerzas Ofensivas.

—¡Es preciso eliminar al Kon-Dad antes de que destruya Kran! —gritó al grupo de oficiales—. Dispongan todas las formaciones para emplearlas en el ataque. ¡Todas, absolutamente todas! ¡Un ataque feroz, de aniquilamiento! ¡Yo mismo lo dirigiré, al precio que sea!

Rápidamente partieron los oficiales a transmitir las órdenes.

Un soplo helado de muerte pareció reinar en el silencio que llenaba la estancia. Curtis lo rompió, para decir al «terk»:

—Nosotros formaremos también parte de él.

Martin se colocó a su lado, corroborando con su acción lo dicho por Curtis.

Verkon se aproximó a ellos con las manos extendidas.

—Gracias, hombres de Fall; me habéis hecho conocer los fuertes lazos que unen a los hombres con ese impulso que llamáis amistad. No puedo aceptar vuestra ayuda. Esta guerra, que puede terminar con nuestro exterminio, sólo interesa a los kranianos. Partiréis hacia Fall, según proyecté anteriormente.

Ante la objeción que leyó en la mirada de Curtis, terminó firmemente:

—Es mi última orden para ti, impulsivo amigo.

Estrechó las manos de los terrícolas y agregó:

—Si alguna vez Kran llegase a comunicar con Fall, y si el «terk» Verkon vive, volveremos a encontrarnos.

Los acompañó después hasta la lejana plataforma aérea donde Curtis y Martin ocuparían la astronave, perfectamente equipada, en la que intentarían el escalofriante viaje hasta la Tierra.

Los oficiales Dukar y Stengol también estaban presentes, al enterarse de la marcha de los terrícolas, y junto a ellos, emitiendo roncos y ululantes sonidos de dolor, la mutilada figura de carbonizadas órbitas que un día trasladara a Curtis -siendo oficial de las Fuerzas Ofensivas- hacia Fall, a través de los abismos siderales.

Los hombres de Fall abrazaron al torturado hombrecillo y ocuparon sus puestos en el interior de la astronave.

—¡Suerte, Verkon! —gritó Martin.

—¡Hasta siempre, amigos! —saludó Curtis, con un nudo en la garganta. El estridente zumbido de las ondas impulsoras ahogó las últimas palabras del «terk», que no fueron oídas por los dos amigos.

—¡Grandes hombres los de Fall! —había musitado Verkon.

Hasta que la astronave no fue en el espacio más que un imperceptible puntito luminoso, aquellos seres continuaron inmóviles, observándolo.

CAPÍTULO XIII

Las emanaciones

Para Martin, aquel viaje a través del tenebroso abismo interestelar constituía una inquietante novedad. Al escalofrío de la ruta desconocida que atravesaban, se unía la majestuosa impresión de flotar inmóviles en el grandioso firmamento estrellado. Lejanos mundos, tal vez fenecidos miles de años antes, les enviaban sus débiles reflejos.

Cruzaron por espacios superpoblados de muertos asteroides, en cuyas superficies admiraron toda una variedad de alucinantes panoramas pétreos. Las rápidas ráfagas luminosas dejadas por errantes uranolitos, les sobrecogían de pavor ante una posible colisión, aún sabiéndose defendidos por las potentes ondas de repulsión.

Frente a Curtis, que pilotaba la astronave, se hallaba la iluminada pantalla que mostraba la rutilante Vía Láctea. Una blanca y brillante línea, trazaba limpia curva parabólica desde un punto a otro de la galaxia: la ruta de Kran a Fall. Es decir, a la Tierra. La fina aguja indicadora se movía en aquella dirección de una forma imperceptible, marcando el rumbo de la astronave.

Fueron varias las veces que hubieron de rendirse al sueño, pese a que las primeras de ellas, Curtis despertaba sobresaltado creyendo que la nave no iba seguramente dirigida por las ondas.

Martin se hallaba maravillado ante el magno espectáculo de aquella inmensidad. Viejas teorías terrícolas quedarían hechas trizas materialmente si grupos de científicos hubiesen podido viajar junto a él. Enormes asteroides, de transparencia vítrea, semejantes a monstruosas piedras preciosas, lanzaban sus variantes reflejos en aquel mar de profundas tinieblas.

—¿Qué ocurrirá en Kran? —preguntó Curtis una de aquellas veces.

—Presiento que hemos escapado a la destrucción de un mundo —respondió Martin—. Si el Kon-Dad ha hecho explotar los inmensos depósitos de energías, pues, mejor es no pensarlo Curtis.

—Pero ¿tan terribles serían los resultados?

—Incalculables. Ten en cuenta que se trata de producir la expansión de fuentes de energías infinitas. Kran está sincronizado en sus movimientos con la Tierra; si estas energías liberadas súbitamente ejercieran acción de enfrenamiento en cualquiera de sus doce movimientos, o incluso en todos ellos, quedaría fundido casi instantáneamente. Ésa es una de las cosas que pueden ocurrirle. Sin

contar la más inesperada, pero no por ello menos terrible. Las capas superiores atmosféricas contienen gran cantidad de hidrógeno; éste, mezclado al oxígeno que expandiría la monstruosa explosión, constituiría el combustible para el portentoso incendio atmosférico que se produciría si cualquiera de los satélites, ricos en carbono, fuera atraído a su órbita en la espantosa hecatombe.

Como un eco a las palabras de Martin, la nave sufrió una violenta sacudida, y la aguja indicadora bailoteó ante los ojos de Curtis. Un nuevo y poderoso impulso desconocido hizo cabecear la astronave, en unos movimientos similares a los de una cáscara de nuez sacudida por las olas.

Un frío estremecimiento sacudió la médula de Curtis, mientras Martin se abalanzaba al transparente observatorio, colocándose los anteojos espectroscópicos para visión normal.

Una corta línea ondulante, de un resplandor poderosísimo, parecía haberse abierto en el insondable abismo. Observándola intensamente, podían descubrirse las gigantescas llamaradas que la producían, cuyo resplandor mostraba la gran esfera negra en que se hallaba la fisura luminosa.

—¡Curtis! ¡Curtis! ¡Aquel es Kran! ¡El gran fin!

La negra esfera parecía ir poniéndose incandescente. Efectivamente, así era. Primero adquirió un intenso tono rojo que fue intensificándose, hasta pasar por toda la gama de este color. Lentamente, fue adoptando un color amarillo fuerte hasta llegar a un dorado deslumbrante. Fugazmente, lanzó un potente reflejo de luz hiriente blanquísima, cuyos destellos llegaron a iluminar los rostros de los astronautas, que cerraron los ojos deslumbrados. Al mirar nuevamente, una indescriptible cascada de gotas doradas descendían en doradas partículas, como una lejana visión de fuegos artificiales. Algún tiempo después, las tinieblas eternas se adueñaron nuevamente del espacio.

Aún fue sacudida la astronave por una serie de espantosas sacudidas, pero, lentamente, éstas fueron cediendo, hasta que

pudieron enderezar el rumbo en dirección a la Tierra.

Los dos amigos habían quedado mudos de espanto. Como el que despierta de una pesadilla, con voz extraña, murmuró Martin:

—¡Dios mío! ¡No ha quedado nada de esos mundos!

—¡Verkon, nuestros amigos, todos, todos han perecido...! —la voz de Curtis pareció un eco de la de Martin.

El amarillento globo terráqueo ya se divisaba, pequeño aún, pero los viajeros del espacio no separaban los ojos de aquel lejano puerto de esperanza...

* * *

Las capas superiores atmosféricas terrestres fueron atravesadas en vuelo horizontal, según instrucciones de Verkon, a la altura de Nueva Escocia. Para ello, Curtis hubo de moderar notablemente la velocidad de la astronave. La masa terráquea que se encontraba bajo ellos iba adquiriendo un leve tinte rosado.

Con la rapidez del rayo fueron envueltos en los cálidos rayos del sol. La Tierra, bajo ellos, aún continuaba sin ser bañada por el vivificante astro. El meteórico paso de la nave en dirección nordeste, les situó en la vertical del Ecuador. Un leve cambio en el rumbo, hizo iniciar a la astronave una perfecta curva, y, al comenzar el descenso, en pleno día, antes de poder distinguir perfectamente tras ellos el piélago de las islas Tuamotu y el de la Línea, quedaron a escasa altura del océano, rumbo al golfo de California.

—¡Hasta el propio hogar! —exclamó Curtis con sonrisa de satisfacción.

Un espléndido sol caldeaba la cabina. La temperatura se hizo sofocante.

—Modera la marcha y abre el orificio superior —dijo Martin.

La velocidad de la astronave se hizo tan lenta, que podía admirarse el hermoso panorama con toda comodidad. Curtis la hizo volar más bajo aún. De pronto, un grito de Martin llamó la atención de

Curtis.

—¿No notas nada raro, Curtis?

—No; ¿qué ocurre?

—¡Algunos instrumentos están poniéndose al rojo!

—¡Cáspita! —exclamó Curtis, soltando vivamente el mando que manejaba—. ¡Esto abrasa!

Algunos de los instrumentos iban adquiriendo el anaranjado color de la incandescencia.

—¡Qué diablos...! —barbotó Curtis, manipulando un resorte, a trueque de abrasarse las manos.

Lanzó un aullido de dolor, al quedarse la blanda pasta adherida en la palma.

—¡Pronto, Curtis! —gritó en aquel momento Martin—. ¡Ahora comprendo! ¡Despójate de todo! ¡Pronto! ¡Son las emanaciones del cloruro de sodio! ¡La evaporación del océano está saturada de él!

Diciendo esto, Martin se había quedado desnudo prestamente y ayudó al aturdido Curtis a hacerlo también.

—¡La salida inferior! —gritó.

Envolviéndose la mano en el caldeado traje metálico, Martin accionó el resorte que franqueaba el orificio inferior. Con un rápido golpe hizo variar el rumbo de la nave, que comenzó a descender en suave inclinación.

—¡Me arden los pies! —bramaba Curtis dando desesperados saltos.

Toda la astronave parecía un horno en el cual habrían de consumirse los ocupantes. Un humo acre, con olor a celuloide, inundaba la cabina; pero lo más terrible era que la plataforma en que se sostenían los dos, resultaba una insoportable parrilla humeante.

—¡Ahora! ¡Lánzate! —advirtió Martin, sosteniéndose ora en uno, ora en otro pie, los cuales movía velozmente.

Curtis se lanzó de cabeza al vacío, y Martin le siguió sin titubeos. Tras la tranquilizadora zambullida, nadaron uno hacia otro y quedaron mirando el vuelo de la astronave casi a ras de agua. Toda ella aparecía como una gran masa candente de color rosado. Volaba lentamente y sólo le separaba una corta distancia del agua.

Cuando estableció contacto con ella y comenzó a sumergirse, un gran surtidor de hirviente espuma pareció servir de túmulo a aquel gigante del espacio.

Nuevamente quedaron las aguas encalmadas, y, al volverse los náufragos, dispuestos a intentar llegar a la lejana costa que se divisaba, vieron venir hacia ellos desde lejos, a escasa altura, las salvadoras formas de dos helicópteros que acudían en su ayuda.

CAPÍTULO XIV

El regreso

Al día siguiente, mediada la mañana, se hallaban Curtis y Martin charlando amigablemente con el oficial de servicio, en la toldilla de popa del gran transporte «Keeper», buque de aprovisionamiento de la Armada Norteamericana, en ruta hacia San Francisco de California.

Habían sido provistos de ropas, y, en la enfermería, les asistieron de las heridas producidas por las quemaduras que sufrieron. Tenían los pies vendados, embutidos en anchas pantuflas, y se ayudaban con bastones para andar. Curtis además, aparecía con la mano derecha envuelta en vendajes.

—Fue verdaderamente milagroso el que fuera divisado el incendio del avión desde el buque —decía el oficial en aquel momento —. Si así no hubiese sido, mal lo habrían pasado, pues la distancia hasta la costa es muy respetable.

—Sí, es mucha distancia... —corroboró Curtis mirando a lo lejos.

—Ahora tienen mejor aspecto que cuando fueron recogidos. ¿Me permiten preguntarles a qué se debía aquella abundante pelambrera?

Parecían robinsones...

—Efectivamente —asintió Martin sonriendo—. Estuvimos bastante tiempo en una región desierta africana.

—¿Africana? —interrogó admirado el oficial.

—Sí —explicó Curtis ante el gesto de extrañeza—; regresamos en nuestro avión haciendo varias escalas, pero no quisimos recortarnos el pelo hasta llegar a casa.

—¡Curiosa ocurrencia! —rió cortésmente el oficial.

Ambos amigos se despidieron de éste y marcharon hacia la cámara del capitán Charles Duff, que mandaba la nave.

El capitán Duff, sentado tras la mesa, ojeaba una revista. Al entrar la pareja, les recibió cordialmente señalándoles tomasen asiento.

—¿Qué tal? ¿Cómo se encuentran?

—Perfectamente, capitán —respondió Curtis—. Sólo quedan estas ligeras molestias.

Al decir esto, señaló los vendados pies.

—Pueden felicitarse de que sólo sea eso... —comentó humorísticamente el capitán—. El avión cayó al mar totalmente incendiado. Pero eso ya pasó. Esta tarde llegaremos a San Francisco, y de allí... ¡a casa! ¿Dijo en Arizona?

—Sí; en Arizona... —respondió lentamente Curtis.

Un pequeño receptor de radio que se hallaba colocado en la cámara, transmitía una melodía hawaiana; al terminar ésta, comenzó el locutor a dar la sección de noticias.

—«El Observatorio Astronómico Francés, comunica, refiriéndose a la lluvia de bólidos...»

El capitán Duff cortó la emisión, disponiéndose a continuar charlando.

—¿Quiere dejarlo, por favor, capitán? —rogó Martin, vivamente

interesado.

Nuevamente sonó la voz transmitiendo, mientras los tres escuchaban.

—»... el profesor, quien ha llegado a la conclusión de que son debidos a un gran cuerpo estelar, que, al tomar contacto con las capas atmosféricas superiores, fue dividido en pequeñas partes, que fueron los aerolitos caídos en Europa. En cuanto a los violentos huracanes y otros trastornos atmosféricos que se dejaron sentir en la costa occidental, no es de temer que tengan relación alguna con el fenómeno de la explosión luminosa que fue observada en el espacio hace varias noches. Terminamos con ello la serie de informaciones...»

—Seguramente, esta información la da el profesor Polignac —aventuró Martin.

—¿Polignac? —preguntó el capitán, agregando a continuación—: No; si se refiere al astrónomo francés Marcel Polignac. Ha fallecido, según he podido leer en esa revista.

Recogió la que estaba ojeando cuando llegaron los dos amigos y la tendió a Martin, abierta por una de las páginas.

Sí; allí estaba la noticia con la fotografía de monsieur Polignac. Martin leyó la fecha de la revista y no pudo evitar señalarla a Curtis excitado:

—¡Mira, Curtis!

Éste miró la fecha. No hizo comentario alguno, pero aquel año de 196... le informó, igual que a Curtis, que su regreso a la Tierra se había efectuado ¡ocho años! después de que fueran recogidos en el desierto de Iguidi por la astronave kraniana.

En la misma nota del fallecimiento de monsieur Polignac, también se aludía a la muerte de aquel otro sabio francés que se llamó Jules Levin.

—¡Dios mío! Ni Levin, ni Polignac... ni Kran... —murmuró como para sí mismo Martin.

—¿Le conocía? —se interesó afectuosamente el capitán.

Un mudo gesto de asentimiento le respondió. Entonces, dirigiéndose a Curtis, le preguntó:

—¿Ha dicho «Cram»?

—Ciertamente —respondió Curtis sonriendo—. Es el nombre con que habíamos bautizado a nuestro avión.

—¡Extraño nombre! ¡Cram! —repitió Duff—. Me temo que esta vez haya sido de agua... —terminó sonriendo[9].

* * *

La cercana costa de San Francisco ya se divisaba perfectamente. Quedaba poco tiempo para que el «Keeper» quedase fondeado en el puerto.

Acodados en la borda, Curtis y Martin fumaban cigarrillos en silencio, sumergido cada cual en sus recuerdos. Martin comenzó a hablar lentamente, con la mirada perdida en la lejanía.

—Mejor será no decir nada; nos considerarían unos perturbados... Ha sido todo tan increíblemente maravilloso y horrible a la par, que aún a mí me cuesta trabajo creerlo... No queda dato alguno para demostrarlo.

Quedó callado, sin que Curtis dijese nada, Martín añadió tras un largo silencio:

—Si intentara hacer conocer algunos de los conocimientos que adquirí para la utilización de radiaciones, ¿qué resultaría? Tal vez una destrucción como la de Kran. No sé si haré bien o mal, pero pienso silenciarlo. ¿Qué dices a eso, Curtis?

El aludido no respondió. Tenía la vista fija en la costa y continuaba fumando.

—Óyeme, Curtis —dijo Martin, como quien toma una repentina resolución—; ¿crees que serviría para dedicarme a la cría de ganado en tu país?

—¡Magnífico, Martin! —exclamó el norteamericano, volviéndose todo sonriente—. ¡Claro que sí! Estaba deseando proponértelo y no encontraba ocasión. Seremos socios, ¿te parece? Unidos como en Kran.

Y los dos amigos se abrazaron, en el momento en que un marino llegó a comunicarles que el capitán Duff les rogaba fuesen a su camarote.

Varios oficiales, junto al capitán Duff, rodeaban la mesa de éste, en la que se hallaban colocados una botella, varios vasos y un pequeño cubo con nieve y un sifón.

Al entrar Martin y Curtis, el capitán se acercó a ellos. Cogiéndoles por los brazos, hizo que se acercaran a la mesa.

—Antes de llegar a tierra —dijo— he querido brindar por su pronto restablecimiento y por que la suerte les acompañe como hasta ahora.

Mientras hablaba, escanciaba en los altos vasos un poco del líquido contenido en la botella.

—Sírvanse a gusto el seltz, por favor —invitó al terminar—. Vamos a brindar, señores, por nuestros huéspedes. Con este «whisky» escocés, auténtico fuego dorado.

—¿Fuego dorado? —preguntó Curtis, con un cómico gesto de espanto—. Calculo que ya estamos suficientemente «caldeados», ¿no crees, Martin?

El capitán y los oficiales rieron la oportuna ocurrencia.

—A su salud, señores —brindó el capitán con el vaso en alto.

Todos llevaron el cristal a los labios. Martin y Curtis también lo hicieron. Pero con sendos vasos rebosantes de helada soda.

La sirena del buque sonó, anunciando que se hallaban a la entrada del puerto de San Francisco de California.

FIN

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPACIO

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

84 -- *Los mares vivientes de Venus* -- Karel Sterling

85 -- *¡Piedad para la Tierra!* -- George H. White

86 -- *Despertar en la Tierra* -- Larry Winters

87 -- *El mundo perdido* -- Larry Winters

88 -- *La sinfonía cósmica* -- Profesor Hasley

89 -- *El hombre de ayer* -- Profesor Hasley

90 -- *Lance King: Pionero del tiempo* -- Karel Sterling

91 -- *La muerte flota en el vacío* -- C. Aubrey Rice

92 -- *Cuarta dimensión* -- Profesor Hasley

93 -- *¡Luz sólida!* -- George H. White

94 -- *Hombres de titanio* -- George H. White

95 -- *¡Ha muerto el Sol!* -- George H. White

96 -- *Exilados de la Tierra* -- George H. White

97 -- *El imperio milenario* -- George H. White

98 -- *Topo-K* -- Profesor Hasley

99 -- *El fin de la Base Titán* -- Profesor Hasley

100 -- *Pasaron de la Luna* -- C. Aubrey Rice

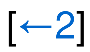
101 -- *La amenaza tenebrosa* -- J. Negri O'Hara

TIP. ARTÍSTICA. *Precio: 5 pesetas.*

Notes



[←1] Véase «La Amenaza Tenebrosa», publicada en esta Colección.



Artefacto generador de ondas para distintos usos.



Equivalente a Comandante.

[←4]

La Tierra.



Protuberancias carnosas en forma de setas, situadas en los parietales.



El Sol.



Asteroides.



Marte.



Como es sabido, la palabra inglesa «cram» significa atracón.